

# HABLADORES

LOS



Por David Olguín

FICTICIA

BIBLIOTECA DIGITAL DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

# *Table of Contents*

[ADVERTENCIA](#)

[El amor](#)

[This fucking country](#)

[No matarás](#)

[Bajo el volcano](#)

[El tiempo](#)

[Satánico destino](#)

[Tiburones y coral](#)

[Sopa Campbell's](#)

[Chiapas forever](#)

[De qué te ríes](#)

[Dulce María](#)

[Ser padre](#)

[Carne de diván](#)

[Ojo por ojo](#)

[El África](#)

[Leche Pili](#)

[El nono](#)

[El vuelo de las garzas libres](#)

[Lotería nacional](#)

[Un mundo raro](#)

[La cochambre](#)

[Día de la raza](#)

[Las bacantes](#)

# *Los habladores*

*por*

David Olguín

 CONACULTA

 INBA

*FICTICIA* EDITORIAL

LOS HABLADORES  
D.R. © David Olguín  
D.R. © Ficticia S. de R.L. de C.V.

Diseño de la portada: Rodrigo Toledo

[www.ficticia.com](http://www.ficticia.com)  
Ficticia—Librería  
[ficticia@ficticia.com](mailto:ficticia@ficticia.com)

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI  
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Primera edición digital: 2013

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor.

ISBN: 978-607-521-015-5

Este libro se realizó con apoyo del estímulo a la producción de libros derivado del Artículo Transitorio Cuadragésimo Segundo del Presupuesto de Egresos de la Federación 2012.

 

# CONTENIDO

## ADVERTENCIA

*El amor*  
**This fucking country**  
*No matarás*  
*Bajo el volcano*  
*El tiempo*  
*Satánico destino*  
*Tiburones y coral*  
*Sopa Campbell's*  
*Chiapas forever*  
*De qué te ríes*  
*Dulce María*  
*Ser padre*  
*Carne de diván*  
*Ojo por ojo*  
*El África*  
*Leche Pili*  
*El nono*  
*El vuelo de las garzas libres*  
*Lotería nacional*  
*Un mundo raro*  
*La cochambre*  
*Día de la raza*  
*Las bacantes*

a Laura Almela

*Estamos en México.  
Ahora sigue inmóvil la luz  
crepuscular.*

Martín Luis Guzmán

## ADVERTENCIA

Con el ánimo de contribuir a la reforma de nuestras costumbres, he reunido la presente colección de historias de género baciyelmo. Como el encantado almete que es una cosa y la otra, estos cuentos edificantes pueden ser leídos y hablados, así no limitará su provecho el escaso arraigo que la letra impresa tiene en nuestra República.



## *El amor*

*Te mira la propietaria de una pollería. Usa una bata blanca manchada de sangre y botas altas de hule. Su pelo es tan largo que le cubre el rostro. La voz surge con poderosa decisión.*

Hablemos claro: soy de las que no se andan por las ramas. Cuando nació mi mamá gritó: “¡Ay, hija, ya estuvo que te quedaste p’ ajuarear santos!” Y sí, ese día empezó mi Vía Crucis... Yo soy fea, de veras muy fea, y tengo, por desgracia, la mala suerte de la bonita. Soy franca. Y sí, estoy tan fea que ni las moscas se me acercan y hasta los perros me ladran... ¡Adivino lo que piensan! ¡A mí no me vengan con eso! No y no, me niego. Yo soy fea y punto, así déjenlo, ¡punto! Sí, sí, eso también lo sé, todos me dicen que la belleza exterior no importa, que los sentimientos opacan a la hermosura, que hay que cultivar el espíritu, la armonía interior, el íntimo jardín... ¡Cuánta palabrería para consolar a una fea! Pero la verdad es que al mirarme hasta mi sombra se espanta...

El otro día vi la página tres del Ovaciones de la tarde. No tienen vergüenza. ¿Quieren que una se mate? ¿Eso quieren? Junto a la foto de una encuerada venía esta frase de un tal Oscar Wilde —pinchehombre tenía que ser—: “Más vale ser guapa que buena, pero más vale ser buena que fea”. Con tanta exótica suelta, ¿quién se va a fijar en mí? Por eso yo soy la primera en decirlo: estoy fea, gorda y no tengo éxito. Eso hace de la vida una carga insoportable. Un cura me dijo una vez: “La vida es una bendición”. “Sí, cómo no; ya te quisiera ver cargando mis cien kilos a la sombra en el metro Pino Suárez a las siete de la mañana. Serás muy cura pero no eres más que un pinchehombre”, pensé... Ay, los hombres... *(Le da un ataque de rabia: berrea, grita, patalea y se tira al piso. Pausa tensa. Se incorpora amenazante.)* Una vez me ligué a un testigo de Jehová. Estaba cojo y chaparro el pobrecito. Tenía la nariz chueca, cacariza y su cutis parecía la superficie de la luna o una tajada de queso de puerco. Hasta espinas le brotaban del acné. Su pancita fofa se desplegaba en varias terrazas deladoras de su amor al taco frito. Su aliento no era precisamente el de un ángel. ¿Y qué decir de sus pies? ¡Hasta ojos de pescado tenía el desgraciado! Y para colmo, miraba bizco. ¡Estaba más feo que pegarle a Dios! *(Ríe.)* Pobrecito... parecíamos almas gemelas... ¿Cómo no pensar así en aquello de un descosido para una rota?

Por angas o por mangas, al fin mujer, pasaron por mi cabeza frases e imágenes que nunca, de veras, nunca había pensado: recordé aquello de la media naranja, vi portadas de cuadernos con el par de siempre tendido sobre la hierba, llegué a suspirar mientras partía corazones de pollo con mis tijeras de acero... ¿Qué les puedo decir? La mujer más fea del universo se había enamorado.

Decidí actuar.

Un domingo dejé cerrada mi pollería y fragué el plan. A las doce mi testiguín de seguro tocaría los timbres del multifamiliar ofreciendo la palabra de Dios y yo aceptaría escuchar las enseñanzas de Jehová. El plan era perfecto. Me acalé y al cuarto para las doce mis

malditos complejos se amotinaron: ¿cómo mostrarle mi jeta de mollejas en salsa borracha? Decidí jugarme el todo por el todo. Ay, el amor, el pincheamor... Dieron las doce y en efecto, mi testiguín llegó a la ratonera. Escuché su vocecita gangosa como si fueran los coros de la catedral: “Traigo un mensaje de paz con la palabra de Dios. ¿Lee usted la Biblia?” Le respondí que me interesaba mucho, pero mucho, acercarme a la fe y, en segundos, ya estaba ante mis ojos con su traje impecable. “Ni el príncipe de Mónaco”, pensé con la típica ilusión de las enamoradas.

El testigo se sorprendió de mi atuendo: una túnica negra y sandalias con pedrería exótica. Todo de plástico pero daba la impresión de opulencia. De plano, para convencerlo, me puse un velo en la cara, le dije que era árabe y quería cambiar de religión. El argumento pegó con tubo: una odalisca estaba interesada en Jehová, ¡caramba, ni en una película! Y pues ahí tienen al condenado leyéndome la Biblia todos los domingos y los jueves... Que si Enoc, que si Din, Ruth, la escala de Jacob y no sé cuánta historia... Sus palabras me sonaban a cánticos del cielo. ¡Y vaya si tenía verbo el desgraciado! Caray, oírlo recitar las bondades del más allá, deleitarse ante los dibujos donde todos, leones y chivitos, negros y chinos, gordos, flacos y chaparros entre flores y cascadas... ¡Hombre!, todo cabía en su paraíso y él lo describía de tal manera que me hizo perder la razón.

“¿En tu paraíso caben los feos?”, me atreví a preguntarle con la mirada pero sin soltar una sola palabra para no romper el encanto. Sólo pelaba mis ojos, que tampoco son bonitos, pero que sobre el velo le deben haber parecido enigmáticos pues se tragó aquello de que mis abuelos vinieron del Sahara. Y sí... la carne, digo, la carne es la carne... El testigo cayó... La corbatita quedó como separador cuando me estaba recitando “El cantar de los cantares”... y la cosa se puso brava con aquello de que “tus pechos sean racimos para mí”. Yo creo que el desgraciado imaginó racimos de melones porque fue de lo primero que se agarró.

La pasión subió de tono. “Dios es amor”, me repetía en la oreja y ya no pude más. Le rompí los pantalones con mis poderosas manos de pollera triturahuesos y lo monté y me montó, pero cuando estábamos en la plena agitación... Caray, el condenado bizco agarra y me arranca el velo... y por más que tenía los ojos chuecos, al ver mi cara pegó semejante grito que me dejó helada. Sí, como lo oyen, el feo se espantó de la fea... Si me hubiera dicho que nomás no se lo esperaba, lo hubiera perdonado... Pero no, quiso que me pusiera el velo para seguir la agitación. “Dispensa el grito, chula, creí que Yahvé me había castigado haciéndome fornicar con el diablo”, me dijo mientras me baboseaba el cuello.

No me quedó de otra: lo mandé a saludar a su madre. ¡Fuera, con todo y Biblia! Y con perdón de ustedes, ahora soy así... rencorosa, dura... A mí nadie me merece. Ése es mi lema. Y si ahora un fulano se atreve a cruzar dos palabras conmigo, yo soy franca y directa, de volada se la suelto: “Yo estoy fea, sí, muy fea, pero tú te vas a chingar a tu madre”. Digo, es injusto. Un hombre feo no es un feo, es un hombre interesante, varonil, viril y hasta atractivo... Pero una mujer fea es una fea... No se vale... Y sí, yo soy fea, pero ustedes, ¡órale!, a saludar a su madre.

# This fucking country

*Llegaron los años de la distinción. Viste un traje de Armani, zapatos de cuero español, camisa Hugo Boss de seda y corbata color fucsia; el cabello lo peina con gel y usa un penetrante aroma a Eternity de Calvin Klein. Habla por el celular de tal modo que pareciera traer una papa caliente en la boca.*

*Don't give me that shit, Willy! No way, no way... ¿Ves cómo eres imbécil? Hay una gran diferencia entre decir "no way" y "no, güey..." Willy, Willy, come on! La operación se cierra en dólares o nada. Vivimos en un país muy pinche. Si se devalúa la moneda... Fuck you, asshole! (Corta el celular con violencia.)*

Perdón, ¿eh? O sea, a veces los esclavos son peores que animales. Grité así porque... bueno, Willy no es un *broker* neoyorquino, ni siquiera un corredor de casita de Bolsa. Es Memo Pérez. Suena pinche, ¿no? Por eso le digo Willy. Un estímulo para que trabaje mejor, pero como ven, mi gato es más bruto que un burro. Como la mayoría en este país... Le compré un Carlo Demichelis para que no se sintiera menos, ¿y saben a qué apesta su trajecito? ¡A Old Spice! ¡Memo Pérez usa Old Spice! O sea, Cuautitlán no es Nueva York, ni el Parque del Seguro Social, el Yankee Stadium, ni Memo es Willy. O sea, algo anda mal aquí, ¿no? Por más que tengamos ITAM, Club Med, Angus, Interlomas o antros como el Solid Gold, aquí como que todo es pinche... Digo, mi sueldo en la época de Carlos Salinas era de cuarenta mil dólares mensuales y ahora es de setenta mil pesos. O sea, el país está más que pinche. Y no es sólo la crisis lo que a *todos* nos está llevando a la ruina, *okay?* Tampoco es que ya coma con un tinto chileno en lugar de un Mouton-Rothschild. El verdadero problema *in this fucking country* está en la cabeza de su gente. *Do you get me?* Estamos tronando, ¿eh? Perdiendo el *punch*. Digo, el otro día fui a un antrín. La golfita que me estaba atendiendo me ofreció una coquiux carérrima, directita de Drogotá, Colombia, y a punto de cerrar el *deal*, volteo de pronto y voy viendo a Moisés, mi amigo de la prepa, un niño buena onda, bien, que tenía mucho *punch* pero, qué raro, estaba vestido de mesero. Por un momento pensé que tal vez su papá era el dueño del antrín. Su *family* tenía mucha plata. Le pregunté a la golfita y no, fíjense lo que es la crisis, Moisés no era más que mesero, mesero del Royal, pero a fin de cuentas mesero. Y sí, la tela de su trajecito se veía guarrérrima. Digo, comparada con los trapos que usábamos en la prepa.

Le pedí al capitán de meseros que me asignara a Moisés. O sea, de dejar una buena propina a cualquiera, mejor se la dejaba a mi *brother*. Era una cuestión de caridad. Además, quería... bueno, ¿cómo decirlo? Pues que me sirviera, *okay?* La vida es una competencia, ¿no? O sea, todos los chavos de entonces teníamos *punch* y yo me enteré que Moisés había dado el *sprint*... pero por lo visto se había desinflado. Y sí, llegó a servirme. "¿Qué onda, Moi? ¿Qué pasó?" Y escuché las palabras de moda: crisis, quiebra, deuda, créditos, udis y otros *concepts*. "¿Acabaste Economía en el Tec?" "No, tuve que dejar la escuela. Ya no pudimos pagar", contestó. Pero francamente me dejó helado cuando me dijo que ahora

hacía teatro, que se sentía bien y no sé qué mamadas del espíritu. “¡Con razón te mueres de hambre, Moi!”, le dije. Platicamos y le abrí de capa mis conectes: “Mira, yo conozco a Mister Telenovela, en una de esas te da una oportunidad”. Y con qué me salió el güey: “No, gracias. Hago otro tipo de teatro”. “¿Qué pendejada es ésa? El teatro es el teatro, ¿no? O sea, el *showbiz*, *the show must go on*. ¿De qué tipo de teatro me habla este... mesero?”, pensé, y entonces le dije: “¿Haces teatro experimental, no? El de aficionados”. La golfita notó que el buen Moi se molestaba, así que le pidió un Bloody Mary. Tuvo que servirnos. ¡Uuuhhh!... Moisés en el *showbiz*... ¿a poco van a contratar a un mesero?... Servir. Qué pinche, ¿no? Tener alma de intendente, ser dócil como un perro. “Aunque sean barrenderos, háganlo bien. ¡Sirvan a su país!” Pinche civismo, pinche país, pinches escuelas que cultivan la abyección, pinche filosofía de esclavos, y lo más pinche es que así piensa la mayoría *in this fucking country*. Caen en desgracia y se conforman con ser esclavos.

Debo decir, sin embargo, que a Moisés le quedaba *algo* de orgullo. No le gustó que descubriera *su* situación, pero ni modo, tenía que servirme *a mí*... Moisés trajo el Bloody Mary. Le ofrecí trabajo en mi oficina, pero dijo “no, gracias, así estoy bien”. ¡Imbécil!... A decir verdad, ya no gasto como antes. Por lo general me tomo unos whiskies en el Royal, veo a las niñas y me voy a mi depa. Pero esa noche, no sé... me dio tanto gusto ver a Moisés que ordené champaña, la mejor botana, compré coquiux y dejé que mi golfita rubia me bailara varios *tables*. En su cara me puse de acuerdo con la niña para que se fuera conmigo: cuatro mil pesos por una noche, carne Herford de primera. Todo lo pagué con mi Gold Card y, de paso, le dejé a mi *brother* un propinón con una sonrisita en la boca. Moisés insistió en que probara las láminas de salmón que dejé intactas en la mesa. Como de seguro les había echado un gargajo, le dije: “Llévatelas, hermano, te las cenas en mi honor”. Tragó camote y volvió a tragarlo cuando mi golfita le ordenó que le trajera su abrigo y su bolsa mientras se ajustaba la tanga y el brasier. Moi obedeció. ¡Uhhhh!

Antes de salir, lo obligué a que se quedara con mi corbata de seda italiana como un recuerdo de nuestro encuentro. Hacía diez años que no lo veía. Se le nublaron los ojos cuando le extendí mi tarjeta de presentación. Como yo ya estaba medio briago, pensé que lloraba de gratitud por la generosidad de mi propina. Pero cuando tomó mi tarjeta, la rompió en mi cara y tiró mi corbata al piso... No dije nada. Salí con mi golfita del brazo. “Ándale, eres un esclavo muy orgulloso, *okay?*”, pensé mientras me subía a mi Porsche. Al día siguiente le hablé al gerente del Royal y me quejé de la altanería de su mesero. Digo, la verdad me trató del carajo, ¿no? Lo corrieron. (*Suena su celular. Contesta.*) ¿Qué pasó, Willy? *Okay, okay*... Los quiero *cash*... Desconfía de ese *fucker*. *Cash, cash*... ¡Vientos, mi Willy! Esta noche festejamos en el Royal. (*Corta la llamada.*) *Wonderful! This is a very fucking country.*

## *No matarás*

*La distinción y el recato se juntan en esta atractiva mujer madura. Sus joyas son discretas aunque toda ella respira el aire que brinda la más alta cumbre social. Luce un crucifijo de oro en el pecho.*

“El sordo no oye”, reza la más notable máxima que solía decir el entonces padre Jiménez cuando yo era una jovencita. A pesar de la coraza que dejan la indiferencia y el egoísmo, ustedes han dispuesto sus oídos. Podrán negarlo por pudor, pero los mueve el desinterés, ese atributo que nos hace dar felicidad, futuro, dar una vida a los que carecen de todo: los desventurados que la Providencia ha desprovisto de bienes para que nosotros, movidos por el amor a Dios, seamos mejores a cambio de casi nada. Dios nos dio para dar. Sí, señores, encumbrados y generosos señores; Dios da nada al pobre para obligarnos a descubrir el amor, amor que no existe sin misericordia, misericordia que requiere de humildad, humildad que sin acción produce un mezquino egoísmo que nos empobrece en la mayor de las riquezas. Qué paradójico: los pobres nos hacen ricos... Sí, ricos, pero del espíritu. En el cielo también existen clases y las divide el amor. ¿No les gustaría un espacio influyente, bonito, en la zona más alta de los que llegan arriba? ¡Dar para recibir! Es para mí un honor darles la bienvenida al aniversario de Amor y Acción A.C., ¡la fundación que nació para DAR!

Ahora bien, tienes razón. No sólo tú experimentas suspicacias. Vivimos en un país corrupto hasta la médula. Hay instituciones que, abusando de un terremoto, un ciclón o de enfermedades como la parálisis cerebral, el cáncer, el SIDA y otras plagas, convierten la generosidad en patrimonio de pillos. Por eso es clave tratar con “gente como uno”, G.C.U. nacida en el seno de una notable familia de bien. Pero aún así, ejercer la caridad no es fácil.

Yo tuve dificultades para dar con el sendero del amor. Solía maltratar al prójimo y, con especial saña, a los semejantes adscritos al servicio doméstico. Pero si yo cambié, tú puedes cambiar. Dios se empeña en ablandar nuestro corazón. A mí una tarde me ocurrió lo inesperado: en un semáforo, dos chiquillos miserables se pegaron al auto. Me resistí a verlos pues mi marido, se entiende, nos prohíbe bajar los cristales. ¡Qué acostumbrados estamos al espectáculo de la miseria! Pero algo se sacudió en mi interior. ¿Qué palpita así? ¡Mi corazón me obligó a volverme y vi, lo juro, vi, en esas caritas, el rostro de mis adorados hijos! Fue una visión... así me lo explicó quien para entonces ya era nada menos que el obispo Jiménez. Y sí, me inundó el amor y, a pesar del enojo de mi esposo —todos sabemos historias de malandrines en esta ciudad—, bajé el vidrio y les di unas monedas. Esa experiencia en la ciudad más peligrosa del mundo, inspiró el programa “¡Levántate y anda, patria mía!”, que recaudó cien millones de pesos. ¡Mi gratitud para ustedes!

Ah, pero mi soberbia es infinita. Mi verdadera prueba aún estaba por llegar... Amor y Acción responde mensajes desesperados y nuestros chóferes —mi reconocimiento para ellos— reparten medicinas y apoyos en efectivo. Pero el mensaje que yo recibí, vino de

Dios. Escuchen cómo la Providencia dispuso todo: cierta mañana un chofer faltó y tuve la corazonada de ir yo misma a quién sabe qué territorio oscuro del Distrito Federal. Las voluntarias me disuadieron pero me empeiné tanto que, como último recurso, me obligaron a aceptar una Voyager blindada, además de celulares, lámparas y otros accesorios. Por instrucciones de mi marido, nunca hago alarde de mis propios recursos, así que las dejé hacer. Desciframos un mapa y la poderosa Voyager arrancó dejando atrás pañuelos de despedida y lágrimas...

La ciudad me llenó de asombro. Hacía años que no miraba las calles, pues yo me cultivo mientras mi chofer maneja. Repasé los nombres que habrían aterrado al mismísimo Dante: Pantitlán, Cabeza de Juárez, Ciudad Neza y, en el fondo del fondo, mi destino: El Bordo, junto al tiradero de basura de Xochiaca. Cuando llegué a Zaragoza —ya casi de doce carriles— me castañetearon los dientes. Los camiones se lanzaban con ferocidad, bestias mitológicas arrojando humo negro y espeso. Metí el acelerador, pasé a la lateral y ahí la gente sacó el cobre: le arrojaban escupitajos a mi parabrisas desde los puentes. Busqué la puerta de acceso a la zona y en una esquina con puestos donde venden tripas regurgitando en aceite, rodeada de viejos tamaludos, comerciantes con el rostro de pecado capital, tezcaticopas con perros sarnosos y muertos de hambre a sus pies, apareció la señal: una mole impenetrable, el monumento a Benito Juárez, una cabeza con proporciones que hubieran apanicado a los Medici de Florencia. Justo ahí apareció el puente y un letrado que decía: Ciudad Neza. Sudé frío. Acaricé el volante de mi Voyager y aceleré para cruzar de una orilla a otra. Y al llegar al otro lado, ¡cómo explicarles! Es un territorio aterrador. Ahora no encuentro palabras para describir aquello y no era más que el comienzo.

Dejé una avenida, Sor Juana se llamaba —pobre musa, qué bajo fue a caer—, y me interné por callecitas sin pavimentar. Cuando me sentí perdida, me detuve en una esquina ante la Esfinge: una gorda fodonga, cabellera de medusa y rodeada de cinco chiquillos. Me miró sin mirarme cuando le pregunté: “¿El Bordo?” “Pa’llá”, respondió al tiempo que señalaba hacia quién sabe dónde. Insistí otra vez. “Pa’llá” y el enigma seguía sin solución pues apuntó hacia otro lado. “¿Sabe dónde está El Bordo?”, me atreví a manotear por si acaso podía despertarla. Su berrido me hizo arrancar rechinando llanta y el eco de sus palabras altisonantes me mordió la cajuela.

Avancé a fuerza de corazonadas. Si paraba, cualquiera me podía degollar. Tuve sueños despierta. Presentí violaciones masivas, placeres y orgías inconfesables, sacrilegios, sangre, aberraciones que sólo la mente de una posesa puede concebir. Y de pronto: El Bordo, un llano enorme cercado por una alambrada con púas, el tiradero más grande del universo, Xochiaca, una visión apocalíptica: en cerros de basura trabajaban niños, mujeres, ancianos explorando los desperdicios. Y qué decir del calor: el sol estaba pegado a la tierra. ¡Horror, caos, desolación! “Margaritas 13”, recordé. Qué paradójico: un nombre de calle tan hermoso en pleno infierno. Acerqué la Voyager a una casa de cartón. Me persigné y, tras encomendarme a Santa Rosa, escondí en mi faja un gas paralizante y mi arma secreta, un pequeño revólver de plata que me regaló el presidente de la Sociedad Protectora de Animales.

Bajé con las cobijas, tres despensas y un sobre con oraciones y dos billetes de quinientos. Corrí hacia la casucha. Toqué, pero como nadie abría, me atreví a pasar. Fue la experiencia más atroz de mi vida: un borracho desnudo, con vómito a los pies, una bestia que parecía un cíclope trasnochado, se incorporó de un catre blandiendo su asqueroso miembro y me



dijo: “Ven acá, nalgoncita”. “¿Nalgoncita? ¿Nalgoncita yo? ¿Yo que me cuido como pocas? Conque nalgoncita, ¿eh?” No lo pensé dos veces y disparé. El resto fue la noche en pleno día. Tras el primer tiro, apareció una mujer dando alaridos, qué digo mujer, un demonio, una lonja temblorosa que hubiera horrorizado al mismísimo Cristo. Disparé y seguí disparando hasta que se hizo un silencio absoluto. Fue entonces cuando escuché el llanto de un niño, frágil criatura perdida en la noche eterna. Me dejé guiar por el lamento hasta dar con él. Una viejilla sin dientes, barbada y sucia, lo aferraba. Pude verle las garras de arpía capaz de comérselo vivo. “Es mi nieto”, dijo con una voz que surgía en hebras. Por supuesto que no le creí, pero por temor a dañar al crío, sólo apliqué, sin piedad, el gas paralizante en plena cara de la supuesta abuela. Rápido me apropié de la criatura y cuando buscó mi pecho pidiendo su lechita tierna, descubrí el sentido de mi viaje: reintegrarlo al reino de la luz. Era la flor crecida en el fango. Lo rescaté y me rescaté. De una vez por todas, me convertí a la religión universal: el amor.

Yo solía quejarme de la policía, pero esa tarde me curaron de espanto. No carecen de bondad a pesar de ser gente tan limitada. Siempre fueron amables, comprensivos; ellos declararon por mí y, al final, sólo me dijeron: “Tenga más cuidado para la próxima”. Nunca titubearon en darme al niño cuando les dije que yo pensaba criarlo.

Ese niño es la mascota de Amor y Acción A.C. Ha crecido y cultiva su espíritu. Come, tiene ropa, pago sus libros, se pule al lado de gente bien, quiere ser sacerdote. Alguien así no puede ser sino el símbolo de la caridad. Con nuestra ayuda, como dice el ahora cardenal Jiménez, hasta obispo podría llegar a ser. Por lo pronto, ya terminó la primaria. Se llama Margarito y es mi jardinero.

## *Bajo el volcano*

*Un experimentado vulcanólogo hace aclaraciones pertinentes. Su camisa, con un papagayo estampado, da una pista falsa sobre la auténtica seriedad de su profesión y su persona.*

Los mexicanos ser un país curioso. Quién sabe qué entender por “volcano” y por palabra “erupción”. Como que el Popo no importarles mucho. Don Goyo *araja* cenizas que llegar a Ciudad de México y allá como si nada. Estar tan acostumbrados a inversión térmica que la gente decir: “¡Cayó ceniza!”... como si en Miami los niños gritaran: “¡Está nevando!” Ese espíritu ser lo que más me gusta de este país. Desde joven, cuando vi *The Night of the Iguana*, la película de Huston, entendí que acá todo ser distinto, más natural. Yo estudiaba geología en University of Wisconsin y ver a exóticos bailar tocando maracas alrededor de Ava Gardner... (*Simula el movimiento de las maracas.*) Chu, chu, chu... chu, chu, chu... Gran secuencia la de ella y los dos nativos junto al mar... Me excitó... no, quiero decir, me emocionó. Perdón, siempre tener problemas con esa palabra *in spanish*.

Cada año visito Acapulco: mariachi, sol, muchacha y maraca (*finje agitarlas*), chu, chu, chu... chu, chu, chu... ¡Qué país! Cuando yo ver Popo por vez primera... *it was a dream*. Trabajaba para University of California y me parecer un volcano hermoso... Las palabras *volcano* y *erupción* llenan mi vida —hace cuarenta años que los estudio por todo el mundo—, pero no ser motivo de fiesta y carnaval sino de respeto. No pretendo adoctrinar pero aquí no se entender el problema de don Goyo. Los periódicos muestran conos de vapor de hasta dos mil metros y decir apenas: “Alerta amarilla. Popo con fumarolas”. Me gusta la palabra “fumarolas”, suena a fiesta de ranchería con cohetes en el cielo. Pero un volcano ser hombre serio, no bailar al son de la maraca.

Gente piensa que si hay erupción —¡bonito en español, ¿eh?!—, erupción... más fuerte que en inglés... Decía que algunos pensar y no sólo pensar, ojalá pensarán, sino calcular —*can you imagine?*— que la salida de lava, un magma fluido a temperatura de... mil grados centígrados, correrá por una o dos laderas *and that's all*. Por eso yo notar que la *emergency* mayor se encuentra hacia el lado de Puebla. Es lógico mas no entienden qué ser un volcano.

Lejos de mí predicar una política colonialista. *I was in Vietnam. I know what was that*. Leí a Kerouac y a Ginsberg, además de ser *fan* de John Huston. ¿Se acuerdan de *Under the Volcano?* (*Agita las maracas.*) Chu, chu, chu... chu, chu, chu... Ah, muy trágico, poca fiesta, pero qué paisaje, pasión y muerte en el trópico. México estar bajo el volcano y no es broma, pero esto, a riesgo de que me apliquen el treinta y tres y me prohíban ver mariachi, no lo piensa el gobierno mexicano.

El otro día vi un simulacro que organizaron en Santiago Xalixintla, un pueblito faldero del Popo. Yo ayudar un poco explicando qué ser la lava, pero recibí una orden: no alarmar a la gente. No era necesario. Ellos no alarmarse con nada y mucho menos la autoridad. El simulacro *arancar* con una *chichara* que sonar en la escuela, luego con las campanas de la iglesia y con un cohete que lanzó el presidente municipal. En cada casa que oír alarma, las



señoras tener obligación de golpear cacerola o echar escopetazo al aire para que la oigan los que estén más lejos y así *cora* la noticia. Cuando todo sonar, apreté el cronómetro para medir la evacuación. Aunque era simulacro, nadie quiso dejar pollos y guajolotes. De todos lados venía gente cargando cosas y animales y jalando *peritos* y no faltó el anciano que quería treparse al camión con una vaca. Los de las bicicletas no oír instrucciones y se lanzar al camino atropellando a varias señoras que luego se *aremolinaron* ante el presidente municipal. Eso sí, cómo gritaba el munícipe: “¡Dejen sus chivos! ¡Muévanse! ¡No metan desorden! ¡Al otro camión! ¡Trépanse a los microbuses! ¡Órale, ahuequen el ala!”

Como no entrar todo el pueblo en camiones, el presidente conminarlos a huir como fuera de la lava. Al ver que no hacían caso, le pasó el magnavoz al cura del pueblo. Él sí los movilizó. Curas católicos estar más familiarizados con el infierno. Le metió adrenalina espantando a campesinos con frases como: “¡Arderán en el fuego eterno, miserables! ¡Se los tragará la *tiera*! ¡Es el fin del mundo! ¡Vamos, adúltero, polvo eres y en polvo te convertirás!” Ahí sí que se apuraron. Los que no caber en coches, *corer* a toda velocidad por el camino. Vi a varios prospectos para equipo olímpico de marcha... *But there is always a stone on the road*. Nadie calcular que Santiago Xalixintla tener una sola salida con un puente muy estrecho. Todos los coches *arancar* al mismo tiempo y los dos primeros chocaron y provocar un tapón en el puente mientras todos tocar claxón, cura asustar con el infierno y presidente mirar, desde el centro de la plaza, la “fumarola” del *guerero* que *arobjaba* cenizas para condimentar el simulacro.

Cuando evacuaron al último camión, tomé el tiempo: una hora y cincuenta y siete minutos y aún así varios viejitos y niños apenas venían llegando al zocalito... Mi disfrutar el simulacro. Cuando el presidente y el cura me preguntar que cómo la había visto, yo dije que muy bien pero que sólo encontrar un leve problema: “La lava”, dije, “*core* a una velocidad promedio de 600 kilómetros por hora. ¿Qué van a hacer?” El presidente, con todo el optimismo del mundo, me dijo: “Sí la hacemos. Ya lo verá usted, mister. Los mexicanos, a la mera hora, siempre sacamos la casta”... Mi preguntar: “¿Usted haber oído de Pompeya?”. “¿Es una cantante?”, me responder mientras sacudía las cenizas de su sombrero. (*Mueve las supuestas maracas.*) Chu, chu, chu... chu, chu, chu...

## *El tiempo*

*La chava, devota de los ritmos techno, tiene el motor revolucionado. Es obvio que se ha metido hasta las cortinas. Desgarbada —a pesar de los zapatos de plástico transparente con tacón alto—, pelo suelto, ojos hundidos, un rostro tan pálido como el insomnio.*

¿Alguna vez se les ha hecho tarde? Sí, tarde. Pues a mí siempre se me hace tarde y no sé por qué... Tengo dos despertadores: uno que hace tic-tac, tic-tac y otro moderno, un radio-reloj digital. Ya saben, esos de números rojos. Uno en cada lado. Son dos, pero tal vez necesito tres o cuatro, no sé... Simplemente tomo precauciones porque me irrita, me ofusca que se haga tarde. Y así empieza la mañana: una alarma con su trrrriiing y la otra con música y la marcha de los números digitales que desfilan como un ejército rojo, una disciplinada maquinaria de guerra, como hormigas, una gotera, un chirrido que entra por el caracol de mi oreja y sale por mi boca. ¿Qué grito? ¡El tiempo! Sí, el tiempo se me viene encima y no dejo de pensar en él, me persigue y corro más rápido, pero me alcanza y me desespero, lo reto, lo desafío pero en el momento menos esperado ya se me fue. ¿Saben lo que es no poder dormir? ¿Saben lo que es contar el tiempo? Uno, dos, tres, cuatro... Y no son borreguitos, ¿eh? Son números rojos de un lado y un segundero del otro... mil uno, mil dos, mil tres... mil cincuenta... Treinta y seis mil novecientos treinta y uno y medio... ¡y de pronto pierdo la cuenta! ¡Es insufrible!

¿Dónde cuento? En todas partes. Me visto y cuento, como y cuento, camino, fumo me inyecto cojo me emborracho trabajo y cuento. Es el cuento de nunca acabar. Sólo una vez dejé de perseguir al tiempo, una sola vez en mi vida. Fue exactamente hace trescientos sesenta y cinco días... con dieciocho horas y... (*mira su reloj*) treinta y tres minutos y... cinco, seis, siete, ocho segundos más los que se acumulen durante este tiempo. ¿Ven cómo se escapa? Pero sí, sólo una vez dejé de perseguirlo. Se detuvo como eso que se llama... eternidad, la suspensión del tiempo en un instante... ¿Cómo fue? Un chavo en la prepa... guapísimo. Me sentaba atrás de él y trataba de contarle el cuerpo, sí, como lo oyen, descubrí que se podía contar el cuerpo. Hasta matemáticas troné, y eso que yo sí sé lo que es contar, por andar contándole los ojos, la boca, los brazos, las piernas, los codos... y el tiempo empezó a hacerse lento. Sólo podía contar: uno, dos, cinco deditos, dos piernas, pero de nuevo uno, dos nalguitas... Me imaginaba lo que no podía ver con los ojos. El caso es que mi Carlitos, Carlitos se llamaba el chavo, se dio cuenta de mis cuentas y me cambié de lugar, pero la cosa empeoró cuando me aceleré y quise contarle los vellitos de los brazos, las pestañas, los dientes blancos que se alineaban como una mazorquita tierna. Troné física, química, moral, dibujo, biología y hasta descanso. Mis jefes me alucinaban. ¿Pero qué podía hacer yo? Iba más allá de mí. Estaba enamorada. ¡Lo que se dice enamorada! Y para colmo, cuando me daba un toque en la azotea de mi casa, hasta me dio por contar el humo que salía de mi boca mientras pronunciaba su nombre: Carlos, seis letras, dos sonidos, un chavo para mí, para ser dos que son sólo uno. Empecé a contar los días, las horas, los segundos

que pasaba lejos de la prepa. Sin embargo, era muy tímida entonces y sufría, sufría al no poder hablar con él. Y sí, a pesar de todo, llegó el día en que se detuvieron los relojes. La complicada maquinaria se oxidó; el río que fluye sin descanso se convirtió en un mar muerto, sosegado, como la mirada que me lanzó cuando yo me recargué en la reja de la prepa y lo miré. ¡Ahí estaba! Sentado en su Vocho y mirándome. La puerta delantera abierta, invitándome a subir... Silencio... La gritería de los vendedores de jícamas, charritos y tortas se acabó. Lo miré, me miró. Hicimos click, yo estaba segura de eso. Un click como de bisagra que había de unirse esa tarde para ya no separarse jamás. Dejé de contar por una vez en mi vida y sentí que todo era un sueño muy lento... Cuando su trompita se paró como corneta, un piquito de pato para lanzar un beso, suspiré... Se me nubló la vista y cerré los ojos... Pero de repente sentí que me arrollaban, un golpe seco en la espalda y un “perdóname, güey, traigo prisa” y abro los ojos y ¿qué voy viendo? Pues nada menos que a una estúpida con minifalda que se sube al Vocho de Carlos, cierra la puerta de un trancazo y junta su repugnante boca a la de mi novio y ¡Dios mío! Uno, dos, tres, veintisiete... cuarenta... sesenta y nueve... doscientos cincuenta y tres... Las lenguas y el hocico les quedaron hirviendo, rojos como los números de mi reloj digital. El Vocho rechinó las llantas y dejó una nube de humo. Me fui a mi casa contando cuántos pasos hacía desde la puerta de la prepa hasta mi cama y, cuando llegué, me puse a llorar... Bueno, un rato... la jeringa consuela... Me inyecté y uno, dos, tres, cuatro gotitas de sangre quedan en el brazo... y punto. *(Mira su reloj.)* ¡Güey, se me paró el reloj! Oiga... ¿me podría dar su hora?

## *Satánico destino*

*Irrumpe un luchador que porta una vistosa máscara a medio poner, un calzón con la tela luida y mallas rotas. Su capa da indicios de un pleito callejero. Se ajusta la máscara a medida que habla hacia fuera.*

¡Es una arbitrariedad! ¡De ninguna manera! ¡Me niego rotundamente! ¡Sobre mi cadáver! La máscara de un luchador es sagrada y sólo se pierde en combate. De aquí no me sacan más que muerto o después de una campal.

¿Y qué, ustedes qué? Quieren divertirse, ¿no? Pues a reír de mi desgracia. Órale, a discreción... ¿Qué? ¿Qué me ven? Hoy no voy a firmar autógrafos. Y me vale que se publique en el *Box y lucha*: “¡Satánico Destino ofende a la afición!” ¿Y cómo no si me ha dado la espalda? Me vienen siguiendo unos judiciales, la peor lacra del país. Aunque de seguro ustedes están de acuerdo con que haya más tira. ¿O no? ¡Sólo esto nos faltaba! Tiras infiltrados entre el público de la Arena México, sentados como si fueran unos cristianos más. Y hasta chupan y nos mientan la madre y nos avientan corcholatas. No, estimados, a este país se lo está llevando la chingada... ¿O no?

A lo mejor ustedes son de los que ven un nuevo policía en la calle y aplauden. Y miren que ya hay un chingo... a falta de empleo les dan placa a los ratones. Ahí está la agrupación de cuatro en cuatro pendejos con caras de macacos viendo a quién joden en sus vírulas... En helicópteros, patrullas, motocicletas, a pie, disfrazados de tragafuego, de obrero, de estudiante. Sí, se los digo en serio... un mundo nos vigila. En cada reunión pública hay por lo menos un tira de la secreta. En el metro andan sueltos transando a la par que los ratas. Intervienen teléfonos, dan informaciones, conectan a narcos, matan políticos, descuartizan a sueldo y friegan a la ciudadanía. Pero eso sí, todos nos sentimos más seguros con ver a los cuatro macacos dando vueltas en bicicleta como si estuvieran en el bosque de Chapultepec. ¿Y saben qué? Está bien. Vaya y pase... Se ve tanta porquería a diestra y siniestra que qué más da. Ahí los ve uno escondiéndose en la oscuridad para no entrar en acción. O comprando chelas en el Oxxo o cotorreando con las pirujas de Sullivan... o, lo mejor, dando la vuelta felices en sus vírulas. Los he visto hasta con sus *walkman*. Chida chamba, ¿no? Por allá un culero viola a una chava y el macaco, ira, feliz con La Rancherita del cuadrante.

Como les digo, que la tira ande suelta vaya y pase. ¿Pero en la Arena México? ¿La tira infiltrada entre el público como si fuera el borrachín que nos avienta el agua de riñón? ¿La ruquita que recoge nuestros mechones de pelo o la máscara ensangrentada es un tira? ¿La tira haciéndose pasar por vendedor de coronas, cronista deportivo, padre de familia? Estoy hablando en serio, señores. (*Solloza.*) Y lo peor de todo, el dirigente de la porra de los rudos es un tira. Y también son los vendedores de muñequitos y máscaras y dulces. ¿Cómo lo sé? Pude comprobarlo para mi desgracia.

Estábamos en lo más duro del entre: relevos atómicos. En una esquina, Belcebú, la Momia, la Cabra Dorada y yo, su servidor, ¡Satánico Destino! En la otra, Rayo de Jalisco y los

Porkis. Le acababa de poner en toda su madre al más pinchegordo de los tres marranos. Le dejé la jeta desfigurada. Traía una corcholata en el calzón y, para regocijo del respetable, me apliqué sobre su frente. El Porki chillaba como pinchepuerco a punto de ser arrojado al caldero de aceite de las carnitas. Todos aplaudían. Hasta la porra de los técnicos celebraba el espectáculo: “¡Satánico Destino! ¡Satánico Destino!” La gloria, me sentía en la gloria. Eché al cerdo fuera del cuadrilátero.

Cuando ya estaba flotando en las alturas, me planté en medio del ring y grité a los cuatro vientos: “¡Yo soy Dios! ¡Yo soy Dios, cabrones!” No lo hubiera hecho. Un borrachín comenzó la reparación del sacrilegio. “¡Eres ojete, hijo de tu puta madre!”, gritó. Y todos en la arena al unísono me la mentaron y llovió el agua de riñón y las corcholatas y las monedas. Y que se arma la campal: todos contra todos y, de pronto, empieza lo que más me gusta, volar p’afuera y pa’dentro del ring. ¡No saben cómo disfruto caer sobre la gente! (*Ríe.*) Me lanzo a todo lo que da para que haya más confusión y revuelo y desmadre y así nadie sepa dónde quedó la bolita...

Disculpen que haya llegado tan agresivo, pero la vida en esta ciudad es cruel, ¿no? Yo los veo relajados en este restaurantito, pasando un buen rato en un ambiente bohemio y chido. Así que en confianza, acá entre nos, sepan que mi sueldo por lucha es de 250 varos. ¿Quién vive con eso hoy día? Díganme, ¿quién? Tuve que buscar la manera de ayudarme. Cuando caigo sobre el público, aprovecho para darles baje con el monedero o una carterita o, si el aplastado tiene feria, el relojito. Y entre tanta pachanga... ¡nadie sabe nada! ¡Vénganos tu reino! Y hoy, mientras los Porkis me daban duro sobre la butaquería, le di baje a un ruco que traía un Rolex. Pero todavía no lo guardaba en mi bota cuando van saliendo tiras por todos lados y empiezan a detener a mis compañeros luchadores. “¡Qué pedo!”, dije yo. Y voy viendo a uno de los Porkis con una cartera en la mano y, a lo lejos, a Belcebú escondiendo algo y a la Momia metiéndose una cadena reluciente a la boca. ¡Todos hacíamos lo mismo! Así que me dije: “¡patas pa’ qué las quiero!” Nos dimos a la fuga —menos Rayo, que es un hombre famoso y honorable—. Y que empieza la acción. El de la porra de los rudos dirigía el operativo y que se arma la campal y la tira queriendo que nos quitáramos la máscara y “órale, puto, identifícate”. “¡Cómo, si traigo máscara, carnal!” ¡Y yo que hago pareja con los Porkis! ¡Satánico Destino y los Porkis contra la tira! Y así la hicimos. Llegamos a la salida entre el desmadre de la gente y órale, trépatate al taxi y bájate y córrele y putazos. ¡Me sentía en una película gringa! Y ya andaba por la Obrera, a punto de llegar a mi casa, cuando un gandalla me detiene fusca en mano. Era un tira. ¿Y qué hizo? Lo de siempre. Me robó mi Rolex y me dijo: “Pélate. Yo no te he visto, pero hay varios que te andan buscando”. Así es como llegué aquí. Qué grueso, ¿no? Tanto para que un tira me quitara mi Rolex... Qué país, qué país... (*Saltan dos tiras, uno disfrazado de mujer y el otro, de cura. Lo amagan, entre insultos, con sendas pistolas. Satánico apenas murmura:*) ¿Ven? Se los dije. Están en todas partes.

# *Tiburones y coral*

*De cómo una guapa veracruzana desató un drama cósmico.*

Mi hermana me odia con odio jarocho. Eso es algo serio, ¡azu mecha! Por eso me largué del puerto. No fue fácil convencer a mi marido, pero rogué, lloré, es más, lo amenacé con el divorcio con tal de irnos. “¡Me traes de la Seca a la Meca, mujer!”, gritaba con toda razón. Él es una fina persona, un pan, “mi Jamoncillo de Tula”, le digo de cariño haciendo homenaje a su lugar de origen. Y en todo me da por mi lado porque sabe que yo lo quiero con amor jarocho, ése que es como arena candente de Mocambo.

Teníamos poco de haber llegado a Veracruz. Toda mi familia es del puerto y yo quería estar cerca de ellos, así que lo obligué a vender nuestra casa en Tula. ¿No les digo? Si a una jarocho se le mete una idea en la cabeza, ¡azu!, no hay poder humano que impida hacerla realidad... El jarocho es apasionado: la gente más alegre del país, pero ay de aquél que la ofenda... el trópico calienta la sesera, dan ganas de entrarle al trapiche con Zaraza o al torito de mamey, las pieles sudan, los vellos se erizan, hierve la sangre y brincan pleitos como sierras en temporal. ¡Azu máquina!, si no habré visto machetes y pistolas relumbrar bajo el sol.

Gente así le da más sabor al puerto... el lugar más hermoso de la tierra: barcos que llegan de todas partes y hacen que la imaginación zarpe a la mar. Mi Jamoncillo y yo caminábamos cada tarde por el malecón mientras los chiquillos tomaban su clase de marimba... Abajo el mar, al frente sus ojazos negros y, a un costado el Capitán del Sur y su bandera de colores. Cómo viajamos mi Jamoncillo y yo desde el malecón, para todos los rumbos acompañados de un beso. Y así estábamos, pegaditos, como siempre, cuando le dije que nos teníamos que mudar. Se le nublaron los ojos, y cómo no si ya adoraba el puerto. Incapaz de meterse al mar o de subirse a una lancha, pero ¡azu!, cada vez que llegaba un nuevo barco, córrele a ver las maniobras y a soñar en cómo sería la vida en puertos remotos. Con tantas ilusiones fincadas en algo tan simple como mirar barcos, ¿se imaginan cómo tomó la noticia?

Para convencerlo, recurrí a todo mi repertorio de historias de odio jarocho. Don Policarpo, el de las nieves de maracuyá, miro feo a Don Calixto, el de las de nanche. Y al día siguiente que Don Poli amanece sin tripas en un bote con desperdicios de pescado. “¡Figúrate el apeste!”, le dije a mi Jamoncillo que nomás peló los ojos... Doña Juana, la negra que hacía picadas y gorditas en el zaguán, descubrió que su negro se apalabraba con la vecina. Al otro día, sus clientes se sorprendieron de que el aceite estaba rebosante e hirviendo como nunca. Y ella dale y dale a soplar el anafre que despedía aromas de embrujo. Así que la vecina, antojadiza por naturaleza, tuvo el mal tino de apersonarse con la fritanguera. No lo hubiera hecho: la cara le quedó tan negrilla y arrugada y fea como la de su amante. “¿Y por qué no le echó aceite al negro?”, preguntó mi marido. “Doña Juana piensa que la cara de un hombre tan guapo es sagrada; así hierven los ánimos por acá”. “Pero lo de tu hermana es una cosita de nada”, me decía una y otra vez... No me quedó más



que contarle el caso de Pedro, el pescador borrachín. Lo que ganaba, se lo bebía. Y claro, una noche ni para el combustible. Así que se le hizo fácil agarrar la lancha de su compadre. Se fue a pescar y cuando venía de regreso al malecón, ¿qué va viendo? Nada menos que al compadre con un machete en mano. El borrachín torció el timón y nunca lo volvimos a ver. “Los odios entre allegados son los más recalcitrantes”, le argumenté al Jamoncillo. “De seguro Pedro ya quería dejar su casa” “¿Con siete criaturas? Era borracho pero no desalmado”. “Pues a saber”, comentó con el descreimiento típico de los de su tierra. “¿Tú qué sabes de pasiones jarochas?”, le dije. “Estoy casado con una”. “Entiende, aquí se mata, como tú dices, por una cosita de nada”. Ya estaba fuera de mí, de modo que cuando me preguntó si yo sería capaz de matarlo por una cosita de nada, ¡azu!, le solté la verdad: “Si me engañas, sí”.

Exageré en todos los casos pero mi hermana es de armas tomar... treinta años de maestra de primaria y de soltería le brindan a cualquiera una convicción de acero. “Pero es una cosita de nada”, volvió a insistir mi marido. “Ponte en su lugar”, le dije. “Tú porque eres de Tula...” Tula, Hidalgo, qué friega haber regresado a un paisaje tan deprimente, pero aquí, hace quince años, empezó a escribirse una página de odio...

Mi papá nos trajo a conocer los Atlantes, pero yo me prendí de un muchacho barrigón, morenazo, un guiño de ojo y amor a primera vista. Las nalgas de los Atlantes, ¡azu!, igualitas a las suyas. Era el Jamoncillo. Nos tratamos y pronto hubo casorio en Tula... Recibimos regalos de todo tipo. Mi hermana llegó con dos tiburones de cerámica con esmalte dorado, colmillos de plástico, unidos en una estructura de quesque coral rosa mexicano. Su regalo venía envuelto en papel celofán sobre una base de terciopelo. En pocas palabras, ¡un asco! ¿Qué le vamos a hacer? Así son las bodas, una recibe cada cosa...

Fuimos afortunados: ciento cinco regalos, de los cuales refundimos cincuenta y seis en un ropero. Yo soy muy ahorrativa, y me da pena confesarlo, pero en quince años de matrimonio nunca hemos tenido que comprar un solo regalo. Cincuenta y seis obsequios quedaron envueltos y se han ido regalando a lo largo y ancho del país en bodas, bautizos, aniversarios y anexas. Si la envoltura se ve anticuada, nomás la cambio... A veces me da por fantasear que todos hacemos lo mismo, que la mitad de los regalos que se dan en una boda son reciclados y pasan de mano en mano y se almacenan en roperos distintos. El roperazo, pues, toda una institución. Hasta he llegado a pensar que habrá un regalo que no le guste a nadie, que circule y jamás encuentre reposo, cambiando de manos hasta el infinito. Hay de todo, ¿no? Pero a mí me pasó el roperazo de los roperazos.

Quince años después, azu, quince años... qué carambas me iba a acordar que ella nos había regalado esos tiburones, que ella misma los había pintado a mano con esa horripilante combinación de dorado y rosa, que viajó quince años atrás —como ella dice— “trescientos kilómetros tolerando incomodidades y mentadas”. ¡Yo ni me acordaba, lo juro! Por eso desempolvé la porquería ésa y el día de su cumpleaños se lo di con todo mi amor. Mi hermana meneó la cabeza, se puso colorada y le salió espuma de la boca. Primero pensé que reaccionaba así por el asqueroso regalo que estaba recibiendo. Sentí vergüenza de mi tacañería. Pero cuando empezó a insultarme con su lengua alvaradeña, descubrí el equívoco. Hasta se me enchina el cuero al recordar. Me agarró de los pelos y me arrastró por el piso maldiciendo, para luego, tras jurar el nombre de Dios en vano, decirme, ante todos los presentes, que no descansaría hasta verme muerta. La celebración de su medio siglo fue un fiasco. Mis pobres chiquillos, que se habían aprendido “El cable” para agasajar a

su tía, nomás vieron cómo caía su madre sobre la marimba. El regalote se hizo pedazos cuando ella lo arrojó con toda la intención de reventarlo en mi cara. ¡Azu máquina, qué violencia!

Ha pasado medio año desde ese día y sé que el odio crece. Ayer llegó un paquete enorme por correo. Hasta la quijada me tembló; pensé que podría ser una bomba. Mi Jamoncillo abrió el envío y, entre virutas y papeles, ¿qué va saliendo? Dos tiburones entrelazados sobre una base de quesque coral. Azu, la tarjeta decía: “para que te acuerdes”.



# *Sopa Campbell's*

a René Rabell

*El hombre común, vestido con un pulcro traje oscuro y un suéter con cuello de tortuga, declara asombrado:*

¿Qué les puedo decir? Vivo desde hace cuarenta años en el mismo edificio y jamás había visto algo así. Soy afecto a la gente tranquila y correcta. Así eran mis vecinos. En las juntas de condóminos, que siempre desatan pasiones, nosotros terminábamos brindando con rompopé y contando chistes... decorosos, para nada vulgares. Hay edificios donde impera la discordia, la ley de —disculpen el uso de la frase— “joda al vecino”, como dicen los patanes. Vamos, no me espanto ante las desviaciones inherentes a la convivencia humana, pero siempre busco en la cordialidad una coraza ante la desventura. Se nota en mis modales, ¿verdad? A pesar de lo ocurrido, contengo mi ira como buen cristiano que sabe perdonar.

Señoras y señores, mis modales son mi orgullo, fui un niño ejemplar, aquí crecí, soy honorable y por eso lo repito: *jamás, nunca, ni en sueños* notamos algo que pudiera anunciar los acontecimientos que nos han cubierto de oprobio... Estoy sorprendido. De veras, nos rodeaba tanta paz... no sé, tanta que siento el deber de expresar que ellos eran el alma del edificio: gente buena, atenta... A mi mamá —yo vivo con mi anciana madre— le cedían el paso, le regalaban flores y la más joven de las hijas del Pastor, una muchacha que obedecía al hermoso nombre de Nadir, con frecuencia le daba dulces típicos de su tierra — los famosos Milkiway que tanta maledicencia han desatado en la ciudad.

Venían de Chattanooga, Tennessee; escuchar su español cuatropeado era una delicia. Y aunque se decían evangelistas, hecho que nos llevó —educadamente, por supuesto— a retirarles el habla, los adornaba tal gentileza que despertaron en mi madre un espíritu de tolerancia nunca antes visto. Y cómo no, si hasta descubrimos que eran caritativos, y vaya, cómo decirles, gente normal, como uno, como ustedes, así nada más, *normal* pero sumándole a ello educación y buenas costumbres, a pesar de su estirpe protestante... Mi palabra vale pues, con toda humildad, afirmo que soy una persona muy educada y todo se lo debo a mi santita. No sólo en términos cívicos sino académicos —soy maestro de Humanismo en la Universidad La Salle—; por supuesto, soy célibe —y no me avergüenza confesarlo. Como dice mi querida madre: “tienes un tesoro que te dará intereses de virtud al paso de los años”.

Los Campbell's, así se apellidaban, recibían a mucha gente en su casa y eso nos inquietó. ¿Cómo lo supimos? Mi madre y yo tenemos, por razones de seguridad, el hábito de ver por el ojo de la puerta cada vez que oímos un ruido en la escalera. También nuestras ventanas están perfectamente situadas para supervisar los cuatro departamentos del edificio. Lejos estamos de interferir en la vida privada de los otros —salvo que el buen consejo y la mejor intención lo requieran—, pero como somos, respectivamente, presidenta y tesorero de la

junta de condóminos, sentimos el deber de velar por todos y cada uno de los aspectos materiales y espirituales del edificio.

Tanto movimiento de gente en el departamento del Buen Pastor hizo que mi madre me conminara a investigar. Actué de inmediato. Me instalé en la azotea para observar, durante un mes y a distintas horas del día, sus actividades. Los vi orar frente a los sagrados alimentos. Vi a las guapas hijas comentar la Biblia con su madre que, a pesar de rayar los cincuenta años, tenía el rostro de una virgen. En las noches, por más que acerqué un largo tubo con un amplificador, jamás pude detectar en mis audífonos el menor ruido relativo a la vida sexual de la pareja o a la de los hijos e hijas en soledad. Es más, pensé que Nadir, púber en edad de merecer, estaría más propensa a tentaciones de esa índole y comprobé, a pesar de mi afán, el error de mi suposición. Inclusive descubrí que el angelito dormía con un ropón negro y cubierta desde el cuello hasta los talones. ¡Esa familia era la castidad misma!

Aun así, fui a fondo en mi investigación: retoqué con pintura el barandal de la escalera y me detuve, con especial cuidado, en su piso, únicamente para constatar algo que inundó mis ojos de lágrimas y me hizo cantar el himno de mis mocedades:

*Lasallistas, fieles Lasallistas,  
combatid por vuestro ideal;  
sea la base de vuestras conquistas  
una sólida liga fraternal.*

“Los visitantes misteriosos y malévolos” —como en principio mi madre y yo pensamos— eran personas de clase humilde que entraban al departamento del Buen Pastor y salían, veinte minutos después, con una lata de sardinas, dos kilos de arroz y leche en polvo. ¡Alabado sea Dios! Estaba ante una obra piadosa conservada en el más estricto anonimato. “¡Dios mío, y son evangelistas!”, me dije con júbilo ecuménico.

Después de tantas observaciones minuciosas —revisé hasta su basura—, pude reportarle a mamá que sólo había visto una rareza: de día, en el cuarto de Nadir, tenían montado un telescopio. Los hombres de la familia, encabezados por el Buen Pastor, observaban el cielo y luego se reunían en la mesa para consultar la Biblia. “¡Horas de estudio y devoción!”, pensé. Mi santita suele ser muy mal pensada, pero ante una prueba de piedad tan contundente, abrió las puertas de su corazón. ¡No cabe duda que la ingenuidad rondaba nuestras almas! Y si ahora resulta que los Campbell’s eran unos locos fúricos y que nunca nos dimos cuenta, sólo se puede atribuir a la hipocresía, la más baja de las miserias humanas.

¿Quién hubiera imaginado que gente tan noble acabaría en un suicidio colectivo? ¿Quién, a ver, quién tira la primera piedra? Yo creía, por ejemplo, que el telescopio los ayudaba a sentirse cerca de Dios. ¡Craso error! ¿Cómo suponer que esperaban el aerolito de la Nueva Era, según ha salido a la luz como parte de su macabra filosofía? ¿Quién se hubiera imaginado que el asqueroso Pastor, cuyo sueño era fundar una raza divina, inseminaba a las gatitas y albañiles que entraban al departamento? ¡Y todo a cambio de unas cuantas monedas y una despensa! ¡Herencia infame! Pobres diablos orillados al pecado por falta de moral.

Soy una persona casta. Ni en sueños he pensado en aberraciones, sodomías, incestos, cruces de hijo contra madre o padre contra hija como las que se imputan a los Campbell's. ¿Tanto horror entre gente conocedora de la palabra de Dios? Yo jamás he tenido pesadillas. Mi sueño es sereno: pastizales y corderos. Juro que nunca escuché los gritos, ni los aullidos de las víctimas, como me acusan los infectos vecinos del 401. En cuanto llegó la policía sacaron el cobre. Cuán versallescas parecen ahora aquellas tardes de rompopo y humor. “Los Espiones saben”, así se expresaron de nosotros. “Los tenemos bien checaditos: saben todo, como la policía”. ¡Sabandijas puercas, hipócritas!

El cuarto de Nadir estaba arriba del mío. No saben cuántas noches de insomnio pasé mirando al techo. Nunca oí nada. Toda esa parte del drama me parece el pésimo guión de una mala película... ¿serruchos, sierras motorizadas, mutilaciones y sadismos inconfesables? ¡Fantasías amarillistas! Digo, si fueran ciertos tales crímenes, nos hubiera llegado el olor, ¿no creen? La infeliz matrona del 401 dijo que no olí la descomposición porque a eso huele mi madre... Paciencia católica, Dios mío... La cretina se atrevió a declarar que vio varias veces, por la mirilla —¡vieja espiona!—, que mi madre se orinaba en los calzones... Perdonen, esto sí me rebasa... Según ella, tocineta miserable, a eso se debía mi olfato permanentemente enrarecido. ¡Raza de víboras!

No me explico cómo nuestro equipo de cámaras fue incapaz de registrar algo. Es más, el día que la portera dio aviso a la policía, cuando salieron, además de los Campbell's, los cadáveres de cuarenta —¡paso a creer!—, cuarenta personas, mi mami y yo estábamos en el Parque Hundido. Así que a mí muy poco me consta.

¿Y Nadir, la casta Nadir? Los medios ahora propagan que era una ramera redomada. Según ellos, prometiendo abluciones y albricias, metía a su cuarto a cargadores y a cuanto peatón se le cruzara por la calle. ¡Mentes corruptas hasta el tuétano! Se atrevieron a publicitar que la muchacha conservaba la lubricidad de sus amantes en un cáliz. ¿Creen capaz de eso a un ángel de dieciséis años? ¡Por lo menos yo no lo puedo creer! ¡Conservo mi fe en la humanidad! Ella era casta... La espíe hasta el cansancio y jamás vi algo. Las acusaciones de mis vecinos son repugnantes... eso de que yo, “el Espión”, me enchufé por ambos lados en una orgía, es la acusación más infame que me pueden hacer. Nadir me encantaba... yo no puedo ver a una mujer ni en pintura —salvo a mi santita—, pero con ella me entusiasmé porque soñaba en convertirla al catolicismo. ¿No creen que si hubiera sabido que se metía con cualquiera, ahí mismo, en un dos por tres, hubiera trocado la más notable de mis virtudes con tal de yacer un ratito en su rosa inaccesible?

“Los de la sopa”, como también les decíamos mi mami y yo, fueron víctimas de uno más de los fundamentalismos, milenarismos y demás errores que aquejan al espíritu contemporáneo. Daban la impresión de ser normales... como usted y como yo. Ah, pero eso sí, todos como jauría a señalarme: “Sáquenle la sopa al *voyeur*”. Bien se mira el tipo de películas cuatro equis que frecuentan. *Voyeur* yo... ¡miserables! Y lo peor, una atrocidad urdida por los medios sensacionalistas, una burda trama monetaria y amoral es aquello de que mi madre, mi santita, mi venerada fue víctima de las vejaciones y los *walpurgis* de una Semíramis. “¡Viejita violada!”, decía el periódico de anteayer. “Cabecita blanca, sacerdotisa de la secta”, el de ayer. “¡La abuelita le atoraba!”, el de hoy. “¡Dulcecitos satánicos!”, el vespertino. ¡Qué canallada! ¿Participación en rituales mientras el pobre hijo enseñaba Humanismo? Y aquello de que los dulces típicos, los mentados Milkiways, además de droga, estaban bañados en lubricidad, fruto de la perversión de Nadir, es la peor porquería que se

haya dicho en la historia del periodismo. ¡Qué manera de arruinar una reputación! ¡Qué viva prueba de que los Campbell's, desastrados orates, eran unos santos inocentes comparados con esos mercachifles! Ante este loco mundo, esta ferocidad humana, no me queda más que repetir unas palabras que, desde pequeño, me enseñó mi pobre madre profanada y que ella, a través de mi persona, manda a los medios como su divisa ante la adversidad: *Per aspera ad astra.*

## Chiapas forever

*Es una actriz políticamente correcta. Viste un fino pantalón de cuero que contrasta con sus huaraches y su blusa con bordado indígena. Los lentes oscuros y el pelo —que pretende no ser de salón— terminan por darle un toque de glamour único.*

No sean malos y acudan al bailongo en beneficio de los indígenas de Chiapas. Además de agitarse con varias de mis despampanantes compañeras... —¡ay no, pero no saben cómo les interesa la realidad! ¡Lo que está aquí, a la mano! Por algo el Subcomandante rebautizó un pueblo de Los Altos como La Realidad, ¿no? Y en eso estamos todas porque la nueva telenovela quiere reflejar *la realidad*. Básico, ¿no? Yo, por ejemplo, lo último que hice ya era onda *Angelitos negros* de fin de siglo. A mi ex criada le encantó, pero su gusto es la prueba viva de las porquerías que ya estaba actuando.

Pecadillos de conciencia los cometemos todos, pero si puedo decir algo en mi descargo, confieso que un diez por ciento de mi sueldo se destina, mes tras mes, a la causa. Me sale caro, pero como dice mi psicoanalista, la Güera Benvenuti: “Vos tenés problema con el goce, no con la guita; así que ¡muerte a la culpa!” Si yo puedo mandar diez mil al mes para el estado más pobre del país y la causa más noble del planeta, ¿no podrías tú gastarte un cien y de paso bailar conmigo? Ellos y ellas —los más guapos y guapas, pero ante todo los más conscientes y *chics*— ficharán contigo al mejor estilo del Salón México de los años cuarenta. Por cada danzón o cumbia que bailemos, un niño indígena dejará de llorar por hambre. ¡Llegó la hora de la justicia social! El otro día quise explicárselo a Nicasia... hablo de mi ex criada... bueno, ¿para qué hablar de Nicasia? La Benvenuti dice: “tenés una fijación con esa india”. “Ella no es *india*, Güera”, le respondí irritada. “¡Entonces es una naca, pebeta! Tu criada Nicasia es *naca* y punto. No te reprimas...” Esa mañana su honestidad fue tan implacable que me convenció. ¿Cómo no va a ser una naca si confunde a Gurumai con Michael Jackson? Si fue capaz de preguntar, ante el póster de mi guapísimo Subcomandante: “¿qué quieren esos tales?” Si se traga mi jamón serrano y un día se tomó medio Chateneuf du Pape para luego decirme con su jeta que acusa un progresivo síndrome de Down: “Taba güeno su juguito *diuva...*” ¿Y qué decir de que usa mis chanclas cuando yo no estoy? ¡Se las pone! Sus pies microscópicos, con garras de gavián pollero, nadaban en mis chanclas de baño. Ella calza del uno y yo del ocho. ¡Qué atrocidad! Y lo peor de todo: en mi nueva telenovela hago de *yunkie* que controla a un grupo de narcoterroristas que, a su vez, están ligados al Procurador que no es más que un prestanombres del Secretario de Gobernación. Algo real y básico, ¿no? Y con qué sale Nicasia, tras soltar su risita que me pone los nervios de punta: “Ta rara su novela, como de a mentirita”. En ese instante firmó su sentencia de muerte: ¡Al caño, india miserable! O naca pues... naca... ¡al caño!

Le digo ex criada, pero en realidad se va hasta la próxima semana. De tonta me quedo un día sin chacha. Un cambio así se prepara a la sorda, mediante una estrategia de combate y con una noble intención de por medio. Nicasia se va porque estoy a punto de contratar a

una joven de Chiapas. No sabe ni pizca de español —y eso es básico, ¿no?—, pero las chachas de allá son limpias, trabajadoras, no están maleadas y, ante todo, son conscientes de su realidad. Imagínense... puedo tener todo eso por la mitad del sueldo de mi ex criada... ¡Nos vemos el sábado en el bailongo! No te olvides: todos de negro y el clavel blanco en la solapa.

## *¿De qué te ríes?*

*Un narco —cara de pocos amigos— luce, a pesar de su uniforme de reo, sombrero y botas vaqueras.*

“¿Qué pues? ¿Cómo está el hombre?”, preguntó el Cochi al apearme de la moto. “Bien llega tu *brother*”, le respondí. “¿Y trae la piedra o qué?” “Puritito ostión”, le dije mientras echaba ojo pa’ ver si sus batos no me venadiaban. Se dio cuenta de mi desconfianza, pero nadie le guachaba la espalda. Le había advertido que era cosa de dos a solas, que fuera armao pues yo haría lo mismo. Dos narcos frente a frente se tienen respeto, saben que si uno cai es porque el otro pudo más. “Yo lo respeto, Cochi... ¿O qué?”, le dije. “Yo respeto su respeto, Menonita”, contestó para luego arrojar un gargajo al camino polvoso. No quise quedarme atrás. Busqué un gallo que cantara bien y bonito al jalarlo. Cacareó cerca del suyo: burbujeante, espeso. Vi una mala señal: el mío se deshidrató primero. “Ah, chingao”, cavilé.

El Cochi ladeó su sombrero y me guachó directo con sus ojos hinchados que parecían callos de hacha con el centro azul. Yo también lo miré retador, pero él, como siempre, esbozó esa pinchi sonrisa que le deformaba el hocico y me dijo: “Eres de cuidado, Menonita...” Valga de una vez aclarar que a mí me dicen el Menonita por güerejo, no por protestante, como decía el Cochi...

No saben lo seguro que parecía el cerdo loco esa mañana. Hasta preguntó: “¿Y es cosa buena lo que mercas?” “De primera. Colombiana”. “Venga la prueba. ¿O qué?”, me dijo desafiando la chanza de que lo quebrara mientras se metía la coca. El Cochiloco era más cabrón que bonito, un bato tan orate como cabra serrana. ¡Hi’ e su madre! Le entró al talco como si fuera su última voluntad. Y como que algo cavilaba porque sólo se ponía así cuando estaba dispuesto a matar o a morir. Acaricié mi escuadra, la famosa, la de cachas de plata y cañón color de rosa, la del corrío:

*Menonita acariciaba  
a la morra morenita.  
Vaya si se sonrojaba  
igual que su pistolita;  
era de rosa y de plata  
la fusca del Menonita.*

¡Qué agallas, los tenía morados de tan azules! Mira que descuidarse ante el Menonita, el traidor nacido para competir con él. Yo le aprendí al Cochi todas mis mañas y él me desafiaba así... ¡dándome la espalda para ir por la feria! Pero si él ya me la había sentenciao. Cantó que pensaba cobrarme todos mis logros y yo también lo traiba bien atravesao por ser el mejor, sólo por eso. Vaya si tenía ganas de dar la nota al corrío que cantara la hazaña, esto es, de cómo el Menonita había quebrao al matón más jijo de los estados del norte... El



bato me aventajaba en todo. Cuando yo era un morrito a su servicio, siempre adivinaba mis intenciones. ¡Cómo lo admiraba! Y ahí lo tenía, a bocajarro, hasta un ciego le hubiera podido sorrajar un tiro en pleno cogote y otro en una oreja para hacerle la cruz y de paso rematarlo, pero yo nomás no me atreví. Hasta sobé el gatillo de mi escuadra, el de plata, el mismo de la canción que recuerda la vez que llené de droga varios quesos:

*Jaló el gatillo de plata  
para custodiar el queso;  
a tres judiciales mata,  
Menonita sale ileso...*

El caso es que tanta oportunidad me puso nervioso. “Pus qué con éste... ¿Se quiere morir o qué?” Sentí miedo. Cuando se voltió con su típica sonrisa, aventó a mis pies una bolsa con puro dólar: “Ya te lo haiga si te agarran, Menonita. Pélate”. Yo no pensaba darle la espalda, así que le dije: “Te cargo el bulto”. “Ya siquiera, bato; tengo manos” y cargó el costal hasta echarlo en el asiento trasero de la troca. Otra vez lo tenía a tiro y el bato ni en cuenta. Empecé a temblar. Guaché pa’ los laos. Puro desierto. Apenas uno que otro cardenchi rodando en el aire... Y así, de espaldas, me preguntó: “¿Todavía montas con la Chata?” “¿Qué con la Chata, bato?” El Cochi me conocía bien. A mí se me destiempla la voz cuando me encabrito, pero a él no le importó la advertencia y siguió mentando a mi morra. “¿Todavía te apalabras con ella en el catre?” “¡Vete al faquio!”, le dije. “¿Ya sabe cocinar?”, siguió preguntando el mondrego mientras los ojos se me llenaban de lágrimas. Ya no estaba en mí. Lo había lograo el miserable. Y de plano estiró la cuerda cuando se atrevió, con una sonrisota sucia en el hocico, a preguntar: “¿Conserva su verruguilla en el muslito izquierdo?” Le vacié la escuadra sin darle ocasión. ¡Zaz, zaz, zaz, zaz, zaz! Tenga, maldito, ¡tenga! Al final taba boqueando, pero todavía tenía una especie de mueca en la trompa. “¿De qué se ríe?” Ya no le di tiempo de responder. Tronó el tiro de gracia. En medio de los ojos, mi última bala: ¡Zaz! Lo dejé desfigurao, como chilorio. Todavía le quebré el cogote con la bota mientras le decía: “Hay que ser puercos, compadre, pero no tan trompudos”.

Se hizo el silencio de los muertos. Le eché tierra en la boca. Luego el viento aulló y yo me quedé, como cada vez que tronaba a un cristiano, mirando fijamente al sol. Al rato le hurgué la fusca en el cuerpo. No la traiba. Fui a la troca a buscar el arma. Di con una cuerno de chivo pero taba descargada y ni rastro de cartucho en toa la cabina. “Cochiloco jijo e su...”, cavilé. “Tan orate que escogió dónde y cuándo. Qué temple, carajo”.

No le di cristiana sepultura. Le acerqué mi moto y los rocié con gasolina. “Ahí te lo haiga por decirme protestante”, le dije al tiempo que encendí un cerillo y armé la quemazón. Quedó todo negrilla. “¡Cochinita al horno, órale! ¡Frijol con puerco!”, grité al arrancar su troca y lanzarme a toa velocidad para ajustar cuentas con la Chata. “Mira que andar mostrando sus verrugas la muy güila”.

Cuando llegué a Gatos Güeros me esperaban en el cruce de caminos. Eran guachos y todo un despliegue de federales. ¡Desgraciao, ni una bala me dejó! Me agarraron con pruebas y todo. El juez preguntó mi identidad... “Menonita”, le dije. “Diga sus generales”, insistió. “¡Soy el Menonita! ¡El del corrío de los quesos!” “¿Y ése quién es? Ni que fueras el Cochi... por el mote apenas los grandes”. ¡Carajo, el puerco era de esos... grande! Me costó que me



aceptaran como el Quesero, alias el Menonita, el de la droga mejor escondida en toa la historia del narcotráfico, el de la canción:

*Traiba en quinientos quesos  
la coca que al Gringo atasca;  
ganó millones de pesos  
y fama don Chucho Gasca...*

“Yo soy ése”, les dije, pero el juez me partió la madre cuando aclaró: “Al Cochi lo mentaban los Tigres y los de Linares. Tu corrío suena a grupete de ranchería, a métrica rota”. A luego también salió conque yo nomás debía veinte vidas. “Llevo treinta, pero suéltente y emparejo al otro”. Nomás se rieron... Ya cuando se acordaron del Menonita, me dieron chanza de usar botas y sombrero en el penal, “pero si fueras el Cochiloco”, me dijeron, “hasta morras te traibamos”. “Pero si yo lo maté; pronto lo cantará el corrío”. “El Cochi calza del once. Con ése, apenas Dios” ...

No saben cómo pienso en él... siempre aventajándome. Con razón me dijo una vez que lo hallé todo bichi en el porche de su casa: “Bien haiga tu novia”. Recuerdo su sonrisota en el hocico... “Vete al faquio, puerco orate. No mientes a mi morra”. Él ni respondió. Apenas me atreví a preguntar: “¿De qué te ríes, bato? ¿De qué te ríes?”

## *Dulce María*

*Mira como top model, entreabre la boquita, se mueve con una artificialidad tan elocuente como sus silicones. Toda ella emana una sensualidad estudiada, el dejo de haber corregido su anatomía desde los callos hasta la coronilla.*

El rencor es una emoción perfecta. Como si estuviera en una botella con alcohol, el tiempo lo conserva y lo mejora. Si el rencor manda, sufrimos sin remedio hasta que el infeliz que nos ofendió sale de su casa con los pies por delante. Y a veces, ni así perdonamos; la ofensa se sigue añejando hasta el final de nuestros días.

Yo no soy rencorosa, pero ella sí. Hace ocho años sucedió todo y es como si apenas hubiera pasado ayer. Hoy respondí el teléfono y voy escuchando: “¡Tal por cual, Dulce María, eres una ‘fruta’ cínica!”... A mí ya no me ofenden los insultos. A menudo me llama alguna lamentable esposa herida o un pobre diablo que suelta su repertorio. Ser como soy implica sacrificios: la belleza pervierte, enloquece, pero oír otra vez esa voz que repetía hasta el cansancio la palabra de cuatro letras, me inquietó. Vi el identificador: 55649301... ¡Era ella! Le marqué al instante fingiendo la voz. “¿Adónde hablo?” “Casa de la familia Prado”. “Disculpe” y colgué pensando: “Pobre diabla, contesta ‘familia Prado’ aunque su marido hace años que se esfumó”. ¡País de apariencias! La “señora Prado”, ocho años después, se acordaba de mí igual que hace un año cuando mi coche amaneció pintarrajeado con la palabreja: “putaputaputaputa...” hasta en las llantas; igual que hace tres cuando estuvo a punto de atropellarme; igual que hace ocho cuando cada día, a lo largo de meses y por todos los medios posibles, me insultaba hasta el cansancio.

La “señora Prado” fue en otro tiempo Gloria Serena de Jesús López y, en confianza, la *Serena morena*, número diecinueve, la más bonita y relajienta del grupo, mi *sistercita* del corazón en el colegio Motolinía. Era guapísima. La recuerdo larga, con muslos y nalgas perfectas. Francamente mejores que las mías —que ya es decir mucho—. Yo estaba bien loquita y, en ese entonces, muy fea. Increíble pero cierto... Tenía un LTD color rosa que mi papi me había regalado para atenuar el efecto de mi mandíbula prognata, mi falta de cintura, mi nariz de gancho, mis lentes de fondo de botella y mis quince años acomplexados. Con ese físico, no me quedó más que cargarle mi virginidad al maestro de biología. El vejete no lo pensó dos veces, pero cuando terminó, preguntó por la Serena: que si se la podía encaminar, que parecía estrella de cine y una cantidad de halagos que me hicieron llorar. ¡Ni siquiera me dio las gracias! Todavía propuso: “Vamos a jugar a que tú eres Gloria Serena”. No lo hubiera dicho. Lo denuncié. Escándalo, juicio sumario y veredicto: las monjas nos corrieron a los dos.

Mis papás, en castigo, me quitaron el LTD una semana, pero los de la Serena morena le prohibieron verme. Chao, chao... Pero yo no la olvidé. La envidia es otra emoción interesante... Pasó el tiempo y pensar en la belleza de mi amiga era ponerme en un potro de tortura. Así que un buen día empecé, con ayuda de la cartera de papi, el proceso para

convertirme en otra: nutriólogo, liposucción, cirugía de nariz, costillas, pómulos, párpados, pupilentes, implantes, colágeno, modelaje... Cuando me operaron la cara le llevé al plástico una foto de la Serena: “Lo más parecido a ella”, le dije. Y el día menos pensado, cuatro años después de los sucesos del Motolinía, sentí que ya era el momento de buscarla y lo hice... ¡Horror al crimen! ¡Oh, oh, oh! La Serena morena tenía tres hijos y se dedicaba al hogar del regordete Prado, un contador con plata, un patán que le ponía el cuerno hasta con las criadas. El bofe Prado se la había chupado. De su antigua belleza quedaban sobras.

Un día que, desconcertada ante mi metamorfosis, trató de maquillarse y quiso competir con mi ropa, la fulminé al decirle: “Ay, Serena, no me había dado cuenta... ¡Te falta un diente!” “Los niños... el calcio”, tartamudeó. Pero verla hecha pedazos, no me dejó en paz. Sentí que me había traicionado. Su nueva condición le quitaba sentido a un trabajo de años. Me dieron ganas de destruirla. Así que un día, a sabiendas de que ella no estaba en casa, fui a visitarla. Su marido no desaprovechó la ocasión y jalamos la cuerda hasta que ella descubrió todo... Crisis, divorcio... Compró la versión simple de la historia: su mejor amiga le había tumbado al marido. Ni que valiera tanto su miserable gordo. En cuanto se divorciaron, lo mandé al diablo, pero ella, la “señora Prado”, desde hace ocho años da sorbitos para degustar la ofensa en la garganta.

A veces siento feo... Hace dos años me llamó Ana Pérez, alias *Cabeza de cabrito*. Quería juntar a toda nuestra generación para una misa y un desayuno. Me preguntó si yo podría correr la voz. Le dije que le hablaría a la Serena. Fue una reacción automática... Recuerdo que me torturé durante horas... ¿Llamo o no llamo?... Llamé... 55649301... Fingí la voz de *Cabeza de cabrito* y platicamos sin que ella sospechara siquiera. Según la Serena, pobre, le iba de maravilla. Entramos a los viejos tiempos y, entre risa y risa, me preguntó: “¿Oye, te acuerdas de Dulce María?” Tragué saliva y me hice la occisa. “No”, le respondí. “Una chava que tenía un LTD rosa. ¿Cómo que no te acuerdas? Era mi mejor amiga. Tenía algo muy bonito: usaba trenzas con listones verdes. ¿No te acuerdas? Oíamos a Deep Purple en el recreo”. Con un nudo en la garganta, le pregunté: “¿Por qué no la invitas a la misa?” “Sí... estaría bien verla. A veces la extraño”. Y acentuando la ñoñería típica de *Cabeza de cabrito*, me atreví a más: “Sería un reencuentro de amor. Invítala”. “Sí... tal vez”. La Serena morena se tardó en hablar, pero su mensaje fue contundente: cuatro tras cuatro letras. Sólo eso. El rencor, les dije, es una emoción perfecta.

## *Ser padre*

*Estamos ante un cincuentón que aparenta más edad. Parece una reliquia fuera de moda: pantalón pachuco, guayabera amarilla, un paliacate amarrado al cuello y zapatos blancos de charol. El pelo, engominado; el bigote, recortadito. Es la viva imagen del desaliento.*

Buenas noches. Ustedes disculparán, hoy no traje mi guitarra. Sé que preferirían escuchar un bolero romántico, pero hoy desperté con la culpa encharcada en los ojos. Sí, señores, yo soy aquél, el famoso irresponsable, el padre que jamás debió serlo, el despreciado, sí, yo soy ése, ¡el padre de las niñas que se fueron a Mérida en tren!

Estoy consciente del daño... ah, esa palabra... Ser un padre consciente. Como dijo Cicerón: “Grave es el peso de la propia conciencia”, y sí, hoy me siento más culpable que nunca. Desperté, vi un amanecer encapotado, volví a leer esta ingrata carta y hasta ahora no he dejado de llorar. Por eso olvidé la guitarra, por eso ustedes en cualquier momento se hartarán de mí, por eso me quedaré sin fuerza para cantar en el metro y mi mujer se irá con otro, pues debido al infausto viaje de las niñas ¡me tiene crucificado! ¿Y mis angelitos? ¿Mis tres Gracias con ojos de acerina, de cielo y de aceituna la tercera? Mis hijitas se burlarán de mí y yo, despeñado, desbarrancado, aterido, humillado, vejado, violado, maltratado, embaucado e incluyendo para mí todos los otros hados que impliquen desgracia, no me quedará más salida que arrojarme a las vías del tren. ¡Un espectáculo inolvidable!

Así que, por favor, tengan paciencia. Acaso más tarde pueda cantar algo, aunque sea a capela... ¿Nadie se va? ¡No saben cuánto se los agradezco! Su generosidad, sin embargo, no me quita la culpa. ¡Sí, señores! Este humilde padre de familia, único sobreviviente del trío “Los olvidados”, está a punto de abrazar el vacío e irse directito al infierno. ¿Y todo por qué? Por el viaje de mis niñas a Mérida. Qué consecuencias provoca un acto bien intencionado. ¡Cuánto dolor! Pero eso sí, créanme, todo es injusto, ¡una culpa sin fundamento!

“¿Verdad que quieren ir a ver a su hermano a Mérida? Mañana mismo las mandamos para allá”. A mi mujer no le paraba la boca buscando pretextos para impedir el viaje, pero mi argumento fue contundente: “¡Primera clase! Un viaje en tren nada menos que en primera clase”. Todas brincaron de gusto, incluida mi mujer que se imaginó que me habían subido el sueldo. ¡Con cuánta ilusión las vi empacar para dos meses de vacaciones! Con estos ojos volví a ver la sonrisa de mi mujer después de tanta amenaza de divorcio. ¡Por fin se iban! Dos meses de paz. Dos meses sin mis tres Gracias amafiadas con mi mujercita, ese lindo tabor de feria, para crucificarme a la menor oportunidad... Bueno, tampoco quiero que piensen que no amo a mis hijas. Soy el más amoroso de los padres... pero imagínense, son tres niñas en plena punzada y mi mujer, bueno para qué decir el mi, la señora ésa está en la menopausia... Todavía ahora sigo pensando que mi decisión fue la correcta. Además, ya hubiera querido yo a su edad ir a Mérida en tren. ¡Qué gran aventura! El paisaje, los

puentes, el trópico en todo su esplendor de colores. ¡Pero yo no he recibido más que reproches!

¿Acaso fue mi culpa que en México los vagones de primera sean como de tercera? Yo qué diablos iba a saber, si las únicas vacaciones que me dieron mis padres fueron a Chamacuarrillo en un camión guajolotero. ¿Acaso tengo yo la culpa de que los asientos fueran de madera, las ventanas estuvieran rotas, el baño con caca en el piso y los vagones pestilentes? ¡No, señores! ¿Acaso fue mi culpa que el tren se detuviera cada quince minutos, que una señora asustara a mis tres Gracias con cuentos de ladrones, que se rompiera un puente y tuvieran que viajar en un camión de redilas para alcanzar a otro tren? ¿Acaso yo tuve la culpa de que sus vidas peligraran? ¡Es injusto! Si hasta les preparé una lonchera llena de tortas, huevos duros, Pepsis y Palelocas para saciar su hambre, sed y gusto, además de los tres pesos que les di a cada una, ¡tres pesotes!, por si se les antojaba algo en el camino. ¡Ah, pero eso sí, andan diciendo, y no sólo diciendo, (*muestra la carta*) escribiendo, y no sólo a mí sino a toda la familia, que yo, su querido padre, las mandé a Mérida para sentir hambre, miedo, terror y que casi las matan los moscos! ¡Moscos! ¿Cuándo se ha oído hablar de moscos en un tren? En todo caso, pulgas, cucarachas, piojos... ¡Pero moscos! ¡Habrás visto! Y lo peor, lo inconcebible, lo que desató su furia epistolar fue lo siguiente: su hermano, al verlas, no las reconoció. (*Ríe feliz.*) Perlita, la más pequeña de mis Gracias, con su letrita de seis años me escribió que, cuando por fin las reconoció, su hermano les dijo: “Mira nomás qué puerkas vienen”. Eso no lo pudo haber pensado mi Perlita. Eso se lo debe haber dictado Teté, la Gracia mayor, o por teléfono su madre, el pinche tiburón de feria. Ay, Perlita, hasta tú estás en mi contra. ¿Y qué decir de la Chiquis? Trece años, púber en flor, y me acusa de que al arrancar el tren en la estación de Buenavista fingí una lágrima, moví un pañuelo *ridículamente* —así describe la sincera emoción de un padre—, pero que ella leyó en mis labios —con toda claridad— que yo decía: “Ahí se ven, hijas de la chingada”. ¿Y Teté? Dale que dale con el tema de que las pudieron haber violado, de que había hombres agresivos, que la desnudaron con la mirada, que sintió cosas raras con el calor del trópico. ¡Carajo! ¿Qué culpa tengo de sus quince años y de que ya esté ganosa? Y ante todo, díganme ustedes, ¡¿qué culpa tengo yo de que haya llegado tan puerco este trío de pendejas?!

Las mandé como reinas: vestiditos blancos de algodón, huarachitos suaves para el calor... Qué ingratitud. El día de su llegada llamaron indignadas. Me exigieron boletos de avión para regresar de inmediato. Boleto de avión... a mí que apenas gano dos salarios mínimos —y lo que sea su voluntad en propinas—. A mí que con tanto esfuerzo compré pasajes de primera para el tren. A mí, ese hombre cuya mujer crucifica cada tarde y tiene que resucitar a la mañana siguiente. ¡A mí! ¿Cuál fue mi respuesta? Expresé, con todo cariño, que no podían regresar en avión, y eso desató su múltiple furia epistolar. ¡Que se enteren todos! ¡Que se arruine papá Gutierrez! ¡Que se suicide el desgraciado! Ahora toda la familia tiene cartas semejantes a ésta, a esta carta criminal que me ha entrado por el costado ¡como la lanza de un romano! Disculpen que no haya traído mi guitarra. Sólo puedo ofrecerles, a capela, un triste tango... Lo dedico a mis niñas, a mis tres Gracias que, Dios quiera, algún día me concedan el perdón... Mejor no... podría... llorar.

## *Carne de diván*

*Su atuendo darky se ve descuidado y sucio a pesar de ser ropa de marca. Araña los treinta años, pero su aire nervioso y rebelde le quita una década de encima.*

¡No, no y no! ¡Quisiera verlos en un ataúd! ¡Me ganaron otra batalla, pero estoy en pie de guerra! ¡Los voy a hacer pomada...! Yo, este, en realidad... soy muy tímida. *Ellos* me obligaron a venir. Yo no quería, pero *ellos* me trajeron para exponerme al ridículo... Histérica no soy, simplemente no me tolero. Así como lo oyen. Soy una chica que necesita de un psico para sobrevivir... Soy un experimento vivo del quehacer analítico, un vulgar ejemplo de sumisión y dependencia. Mi *American psico*, así le digo, ha llegado al extremo de empastarme hasta los codos pero ni así me tolero. Siempre hay un culpable, ¿no? Yo ya lo identifiqué. Son *ellos*. Mi psiqueiros, también así le digo, dice que no se trata de buscar culpables, pero yo no tengo miedo de afirmarlo: *ellos* me han mutilado, degradado, dividido al punto de que yo, simplemente, no me tolero.

Ya estoy güevoncita y no hago nada. “¿Trabajas o estudias?”, te pregunta un tarado que te cree la chava de sus sueños. ¿Qué respondo? “*Ellos* no me dejan; ni le rasques”. Si tengo una cita importante, *ellos* me encierran. Suplico, ruego, lloro y ¿*ellos*? Indiferentes. Ante eso, ¿qué decir? Lo de siempre: “no me tolero”.

Pero el verdadero problema con *ellos* empezó cuando les declaré la guerra. Me llevaron a los sitios más extraños, entré a casas de tipos desconocidos y en un *slam* bailaron horas sin parar. Si a *ellos* les gustaba un fulano, no había manera de disuadirlos: se metían con cualquiera... Cuando me atreví a confesarle al Psicote que *ellos* eran los culpables de toda mi confusión interior, se quedó mudo, garabateó dos o tres frases en su libreta y entré en terapia más que intensiva. El Psicosomático alertó a mis padres diciendo que yo creía que mis pies tenían vida propia, y por supuesto *ellos* me obligaron a largarme de la casa y así me han traído a salto de mata, juntándome o separándome de la gente según su propia conveniencia...

Es triste, ¿no creen? “Piensas con las patas”, me decía mi papi sin saber que tenía razón. Pero yo me pregunto, ¿por qué me tocaron estos pies? El otro día me senté en la escalera de un paso a desnivel y vi un espectáculo descorazonador: a la altura de mis ojos, pasaron unos pies coquetos con las uñas pintadas de rojo, luego unos atrevidos que lucían zapatos italianos y así, sucesivamente, observé pies sofisticados, profundos, juguetones, deportivos, extravagantes, cachondos, firmes, magnánimos, etcétera, etcétera... Miré mis pies y apenas pude pensar que siempre hay una parte del cuerpo que nos arruina la vida... Pero eso fue lo de menos. Al no hallarles cualidad alguna, quise vengarme. Estaban distraídos, peinando la jirafa a pierna suelta y deleitándose con aquella tarde de otoño. Hasta contentos parecían en esas precarias botitas mineras con el charol perdido. Tomé la decisión: me incorporé y, sin parar, agarré a punta de patines la pared. Aullaron de dolor. Me detuve hasta que no pude más del cansancio. Los peatones formaron un círculo a mi alrededor y los creí

rendidos, pues me dolían a morir, pero de pronto me lanzaron a correr y a correr y, de la nada, apareció su primer impulso asesino: desde un puente del Viaducto intentaron tirarme hacia los autos que avanzaban a 80 kilómetros por hora. Me prendí del barandal hasta con los dientes, pero aún así, *ellos* daban saltitos tratando de arrojarme al abismo. Después de media hora de lucha, quedaron exhaustos. Aproveché su cansancio para pactar una tregua. Entendí, sin embargo, que ya no habría marcha atrás, que la guerra era a muerte y al día siguiente, los quemé con cigarros, pero *ellos* me llevaron a casa de mis padres donde viví el pleito más brutal que he tenido en mi vida; dejé crecer mis uñas para martirizarlos, *ellos* me aventaron contra el aparador de una tienda; les eché ácido y los corté con una gillette y les di duro con una piedra, *ellos* —por su parte— me trajeron frente a ustedes y me obligan a confesar mis miserias. (*Sus pies se mueven involuntariamente.*) Ey, quietos... No, ¿adónde creen que van? ¡Quietos! No he terminado... (*Ella se agarra de algo.*) Ey, no, por favor... ¿Qué? No, eso no. Ya entendí sus negras intenciones... (*Saca un bote de insecticida.*) ¡Tengan, miserables! (*La llevan con más determinación.*) ¿Qué? Sobre mi cadáver. Arriba no. ¡Auxilio! ¡Deténganlos! Quieren subir a la azotea y arrojarme al vacío... ¡Auxilio! ¡Ayuda, por favor! ¡Alguien! ¡Deténganlos! (*Sus pies la arrastran fuera de sí.*) ¡No me tolerooooo...!



## *Ojo por ojo*

*El fulanete luce un tupido bigotazo y el pelo tieso de tanto limón. Echa por delante una panza de barril cervecero, mal disimulada por el traje café que delata su filiación a una oficina de gobierno con burócratas uniformados. Usa lentes oscuros.*

¿Va en serio? ¿La suelto y al diablo el mundo? Pues ahí les va: “Mata un puto y haz patria”. ¡Quietos! Se los advertí. Es mi filosofía y la querían escuchar. No me salgan como la florecita que me dijo con el hocico roto y mole en la nariz: “Vas a ver con Derechos Humanos, con el *Oenegé* tal por cual, con la Liga del Honor Homosexual”. “Ay, sí, tú”, le contesté. “Échame a *Oenegé* y verás cómo le rompo los dientes. Yo soy el último heterodáctilo del país. A mí no me gusta la jericalla con tenedor, soplanucas”... Y también le dicté un sermón sobre los viejos tiempos. ¡Cómo de que no! Aderezado con uno que otro patín para que tratara de corregir su descaro.

Todo tiempo pasado fue mejor. Los de antes se conseguían su ñora, le hacían tres hijos para tatarle el ojo al macho y ¡zuk!, a lo suyo. Hasta amantes tenían de cortina de humo. Y si acaso los pescaban en pleno duelo de espadas, al instante le ponían una tunda al joterete que había abusado de su honor, de las copas que traía de más, al mal amigo que nomás lo había manoseado porque los de antes negaban todo y se encerraban de veras en el clóset... ¡y qué lengua tenían! ¡Capaces de convencer a un cura en confesión!

México era tan ordenado que las florecitas de nacimiento tenían reservado un oficio respetable: el nalguita parada abría su salón de belleza; ¿los de mirada frágil? A limpiar vapores públicos y a darse tacos de ojo; los de cinturita quebrada eran modistos; los de boquita de olán, reposteros, y nunca faltaban uno que otro cura incapaz de resistirse al pecado nefando. ¿Cuándo se nos iba a ocurrir que, como ahora, estarían en la Banca, la Educación, el Gobierno, la Industria? ¿Cuándo imaginamos que sus revistas se venderían impudicamente, que tendrían bares y se abrazarían en la calle con todo y picoretas? Y tienen sindicatos, amigos que los defienden —como aquél con su tal camarada *Oenegé*—. Estamos ante la ruina moral del país. El mexicano, por naturaleza, es machito y yo por eso lo pregonó: “Mata un puto y haz patria”. Yo no me rajo, a mí no me cuadra aquello de que todos tenemos un lado femenino o eso de que ya probada no la olvidas. Yo, para empezar, mato.

El otro día andaba medio briago y como que no podía con mi alma. En la hora en que todos buscan desfogarse, acabé girando entre Aguascalientes y Campeche hasta caer, por casualidad, en un avispero de tentación. Había un tráfico imposible. La fila de coches daba vuelta a la esquina. Desde Vochitos del año de la canica hasta carrazos de lujo. Sabía de oídas que por esas calles rondaban las viejas mezcladas con los jotos. Me puse en guardia. “¿Cachagranizos aquí? ¿A poco tanto varón se atrevería a lucir su desvergüenza?”

Los clientes no se miraban entre sí. Era una especie de regla tácita que yo rompí pues quería entender el asunto. Les eché un ojo y parecían salidos de una película del *Indio*



Fernández, tipo nacional o gringo pero bien acá. “¿Qué jais?”, me pregunté. O todos son o las quesque vestidas no son. Mi Mónaco avanzó. Y cuando las fui viendo no pude pensar sino que eran viejas, pero no cualquiera... parecían estrellas de cine: trajes de cuero, lencería, pelucas, cara operada con perfil griego y todas de ojo claro —aunque fuera con pupilentes.

Entonces una güera enorme se acercó a la ventana de mi Mónaco: “¿Qué hacemos, papi?” Sus pechos desbordaban el escote. Tenía, sin embargo, la voz raron y la manzana del Adán como que le brincaba mientras me decía: “Ándale, un francés en tu coche”. A mí todo lo foráneo me pone los pelos de punta. “¿Qué es un francés?”, pregunté retador. “Ya verás”, me contestó luciendo un diente de plata. “¿Un diente así en semejante pimpollo? Algo turbio se cuece aquí”, me dije. Aunque se impacientó, miré alrededor. Había una que otra exótica que de plano parecía travestí, vestida, muerdealmohadas pues, pero la que tenía enfrente era mujer... Para salir de dudas fui claro: “Yo soy mataputos. ¿Tú que eres?” “Yo soy lo que soy”, me respondió, y dijo: “toca” y toqué. Esa pechuga no era de mujer... era de princesa. Me vio tan entrón que, tras chulear mi bigote, dijo que el “francés” sería gratis y que si quería más, nos pondríamos de acuerdo. “Aquí hay algo perverso y extranjerizante, pero a ver qué jais”.

La subí al coche y aunque de cerca me confundió más la manzanota del Adán, ya nada importó. Paramos en la calle de Agrarismo y ¡zuk!, a darle. “No es princesa, sino una diosa”, pensé. Y estábamos en esas, cuando de pronto se abren las puertas del coche y un par de polis nos bajan de las greñas. “¡Órale, jotos!” Escuché esa palabra que me la decían a mí, a mí, y sin chistar me puse irreflexivo. Le solté un trancazo al tira, pero su pareja vino al rescate y recibí un cachazo en la cara. “Ahí tienes tu piquete de ojo, mariquita” “¿Mariquita yo? Tenga, infeliz”. No lo hubiera hecho. Me dieron una putiza mientras ella me decía “¡joto!, ¡joto!” y otros insultos que nomás no merezco porque a mí no me gusta el pollo Kentucky, lo juro por ésta. “¡Yo no soy!”, les dije desesperado. “Mátenme, pero no me digan así”. “¿De veras, mi buen? A ver, Johnny, muéstrale”. La rubia, al compás de una musiquita que los polis tarareaban, se bajó los calzones haciendo un *streap-tease* callejero... Me dio por llorar: estaba armado. “¿A poco no lo sabías, mi rey? Todos dicen lo mismo”, dijo mientras se ponía mi reloj y le pasaba mi cartera a los polis. Reclamé, pero de plano me dejaron quieto: “¿Declaramos que estabas con la Johnny?”

Yo sólo pregunto: ¿y si me hubiera ido a fondo sin darme cuenta? Digo, es una conspiración. A todos nos quieren calar... Acá entre nos, desde ese día la tentación de volver es fuerte. La rubia ésa... bueno, la Johnny me las tiene que pagar. Ya tengo el plan de mi venganza. Primero, voy a dejar que pase tiempo para que se olvide de mí; luego, lo venadeo, lo trepo al coche, me lo ejecuto pero lo que se dice bien ejecutado, hasta que lllore, y luego lo mato... Sin embargo, un miedo atroz no me deja ni dormir. ¿Qué tal si por vengarme me gusta la Johnny? ¿Qué tal si después ya no soy el mismo? ¿Y si ya no le doy cuello?... Por eso pienso cambiar el orden del plan: venadearlo, treparlo, matarlo y luego... Ojo por ojo y diente por diente.

## *El África*

*Con el aire de haber vivido en un sarcófago, esta maestra jubilada se planta con su atildada soltería que ya alcanza más de setenta abriles. Sus eses, al final de algunas palabras, se deslizan hacia las enes.*

Tengo problemas con África. Para empezar, ¿es masculino o femenino? A mí me suena a masculino. Toda mi vida he dicho el África y me moriré diciéndole así, aunque la pelada ésa, la dizque maestra de Historia diga que es mujer. A mí me huele a hombre. La misma palabra hiede, ¿no? Como los señores de por acá... El África: calor y miseria... siempre me pareció masculino y no sólo por eso... Son tierras violentas —como los colimotes de acá—; los hombres, a diferencia de las mujeres, son desaseados; y, por último, la forma del continente no es muy femenina que digamos. No soy quién para decirlo porque soy señorita, pero a estas alturas una qué no ha visto. *(En secreto.)* Yo les decía a mis alumnos que, para identificar al continente negro, pensarán en una oreja de elefante, pero también parece un *pirrín*... ¿no se habían dado cuenta?... el norte es la bolsita y de ahí para abajo hasta Sudáfrica... *(Celebra su ocurrencia.)*

Pero mi verdadero problema con el África es otro... Yo di Geografía más de cincuenta años en la secundaria Nicolás Bravo, en pleno centro de Colima. Cuando empecé a dar clases, los continentes eran más o menos estables. Últimamente se ha movido todo en Europa, pero bueno... lo bonito es lo bonito. Europa es delicada, ella sí muy femenina, pero el África, ¡qué horror! Puro negro sacado de la selva como los indios de acá: a tamborazos. Y aun así hay diferencias. Ya lo decía el tal fray Bartolomé: “¿Para qué tener esclavos indios si están los negros?” ¡Y tenía razón! En África son más que confusos. Un día la pelada de Historia me oyó decirlo y que se arma: “Confusos como nosotros”. “No, doña, no...”, le dije a sabiendas de que le choca eso de “doña” —le recuerda su edad—, “por allá no se habla español; aquí fregados fregados pero somos otra cosa: para empezar, católicos”. Y hubiera podido rematarla con argumentos de más peso, pues allá todo va de mal en peor: no hay año sin cambio de fronteras o sin una guerra que funde un nuevo país; tampoco pierden ocasión para cambiarle de nombre a los ríos, o desaparecer aldeas del mapa o que una inundación los obligue a levantar nuevas *suidades*.

Yo era bien aplicadita: que ya no se llama Tanzania pues me aprendía el nuevo nombre, que ya no existe el Congo, que el Sahara Español ya no es español y así cada semestre... A veces repaso mis capitales para batallar contra el Alzheimer ése que me anda cada vez *pior*. Y a las primeras de cambio, le digo a mi sobrina: “Kinshasa... Zaire...” y no, estaba mal... ¡Ya no existe Zaire! Carajos negros desaseados... Regresó El Congo... o vayan ustedes a saber qué diantres. Al rato le pondrán Taractú y torturarán a los maestros de Geografía de todo el mundo.

La pelada de Historia nomás decía: “Es un continente vivo; se mueve, cambia, no como otras que están más apoltronadas que las gallinas”. ¡Caraja vieja cacareadora! Kinshasa, El

Congo... Ahí me detuve, renuncié, le dije a mi sobrina que jamás me volviera a preguntar sobre el África. Ella siguió repitiendo el nombre de otros países, pero de plano le dije: “¿Sabes qué, Toñita? Para mí el África ya no existe; lo borro del mapa, fuera de mi cabeza, el mar lo cubre de sur a norte y de este a oeste. ¡Se acabó, mi niña!”, y troné los dedos y se esfumó. Ella nomás se rió en mi cara y me dejó sola con mis recuerdos en mi mecedora.

Me dediqué a la geografía por mi buena memoria. Miraba un mapa y de aluego me aprendía hasta el curso de los ríos. Salí muy poco de Colima: Cuyutlán, Tecomán y Barra de Navidad. A mis cuarenta llegué más lejos: al Distrito Federal el día que me enfermé, pero me fui derecho al hospital y del hospital a la estación porque por allá matan. Es todo. “El mundo cabe en un pañuelo”, decía mi abuela. ¡Chispas!, a mí nada más me tocó ver un cuadrito del pañuelo... Mar de Flores, Mediterráneo, Golfo de México... Ni en sueños nos dimos la mano...

En mis tiempos no se estilaba, como ahora, que las muchachas viajaran. Una nacía mujer y no salía de su casa. Pero a mí la geografía me fascinó. Escuchaba nombres como Tucumán o Paramaribo o Botswana y mi cabeza viajaba a todas partes. Montañas, lagos, mares y desde mi cuarto, dándole sorbitos a un champurrado y mordiendo mis corundas, repetía una y otra vez los nombres que la gente le ha dado a las maravillas del mundo.

Por esos años leí *María* de Jorge Isaacs. ¡Ah, cómo me ilusionó la condenada novelita! La tragedia de Nadir y Sinar ocurría en el África: dos muchachos en un paraíso tropical y, acá entre nos, mi verdadero problema fue que, con ellos, yo me enamoré de él... digo, del África. Lo imaginé verde, apasionado, violento... en realidad, por eso siempre he dicho el África... Cómo pasa el tiempo... Quién sabe qué novela les contaría a tantos alumnos que nomás pelaban los ojos; hasta me apodaron “la Rorra del safari”... desgraciados... Es triste —no se lo digan a nadie porque muchas generaciones se decepcionarían—, pero mis únicas imágenes reales salieron de *Tarzán*, *Daktari* y *El libro de la Selva*. Quién sabe qué diablos pensaba cada vez que les hacía repetir: Angola: Luanda; Malawi: Zomba; Kenia: Nairobi; Liberia: Monrovia... ¡Y lo que ellos se imaginaban ni me lo quiero imaginar! Pero un buen día, en los setenta, cuando ya era una cuarentona, que voy viendo en la tele a unos niños moribundos, en los huesos, apenas se podían tener en pie en una tierra desértica. Parecían changos hambreados. “¿Eso es el África? No, no puede ser”, me dije y apagué la tele indignada. ¡Chispas! Muy vieja abrí los ojos.

Desde entonces vi más noticias y pigmeos y pleitos porque unos nangos adoran a una escoba y otros a un plumero. Y cuando supe que en Ruanda una tribu exterminaba a otra y agarraban parejo con niños, mujeres y hasta viejillos, el idilio terminó. Miles de muertos. Negros contra negros... Cómo decirles... me sentí traicionada... Así para qué pensar en el África. ¿Y, de plano, a quién le importa en Colima? Durante siglos estuvimos lejos y si no hubiera sido por mi culpa, por “la Rorra del safari”, los muchachos ni habrían oído el nombre de esa tierra de nadie. ¿A quién le afectaría que desapareciera del planisferio? La cacatúa de Historia dice que a la economía de Europa. Sí, cómo no... Ya se lo acabaron. Ahora estarían felices de echarles una bomba y Sanseacabó.

El África es un problema. Crea confusión entre la juventud y entre los geógrafos. Nos hace soñar y eso no está bien porque uno, a la larga, se desilusiona. Pregúntenmelo a mí. Llevo unos sesenta años repitiendo: Cabo de Buena Esperanza, Desierto Namib, Suazilandia, Sá da Bandeira, Nyasa, Addis Abeba, El Cairo, Kilimanjaro... ¡Chispas!, qué bonito suenan... y es que las tardes en Colima, húmedas y calurosas, se prestan para soñar...

Por mí que el África muera. Cierro los ojos, lo borro del mapa y todo se aclara... Sólo una consideración me detiene y me preocupa: ¿qué tal si en el otro lado del mundo hay una geógrafa que, como yo, jamás ha salido de su *suidad*? ¿Qué tal si se ha aprendido los nombres de estas latitudes? ¿Qué tal si se entera de lo que pasa por acá y se decepciona? Ayer dijeron en la tele que unos tales masacraron por la espalda a cuarenta y cinco indígenas en Acteal, Chiapas. Indígenas azuzados contra indígenas. La noticia ya le dio la vuelta al mundo... Qué tiempos, qué horror... ¿Y qué tal que en África o en China una geógrafa ya nos está borrando?

## *Leche Pili*

*El diputado, con la convicción de su historial opositor, se defiende. A su lado está una mesa con un vaso de leche bajo un haz de luz.*

Éste es un producto de primerísima calidad, altamente recomendado para la salud de su familia, a un peso y cincuenta centavos, escucharon bien, por abajo del precio autorizado. Además, yo mismo ordeño las vacas. No se burlen... Sí, señor, me ven de traje y corbata en mi curul, pero sé aplicarme sobre la ubre y, desde el origen, cuido el proceso.

*Al ojo del amo,  
engorda la vaca,  
se aleja la caca,  
se evita el reclamo...*

¡Esta canción cifra la ética de un lechero! ¡Son mis vacas, es mi establo!... Pero aclaremos el punto, señores de la prensa... La atención personalizada se instrumenta al margen de mis labores de representante ciudadano... por todo esto y más, Leche Pili es “la vía láctea a tu alcance”, un producto rico para el pobre... Cómo quisiera purificar mis manos y mi lengua para estar a la altura de este vaso de leche. Como todo lo humilde, como las papas fritas del poeta chileno, este vaso hace un panegírico de sus virtudes. Lo prometimos antes de que nos favoreciera el voto popular. Cumplimos con creces: un vaso así llega cada mañana a las manos de un niño pobre en esta gran ciudad. Y entre tanto pobre, empezamos con un núcleo restringido para perfeccionar el sabor y el balance de vitaminas que refuerzan los nutrientes naturales. Por eso se regaló, primero, entre los fieles a nuestro partido para que otros no salieran con que Leche Pili es una basca, como ahora dicen los que ni siquiera la han probado. ¡Eso no es política clientelar, señores!

Amigos de la Comisión Investigadora, ¿desde cuándo es un delito regalar leche? El informe de los dizque infectólogos universitarios carece de crédito. Bola de fósiles sin título, pepenadores contratados para vestir de bata blanca. Sus quesque dictámenes están plagados de mentiras. ¿Cal en lugar de calcio? ¿Agua en la leche? La presencia de agua no es “bautizar” el producto, como dicen esos micos que bailan, acompañados del tiquitiqui de sus probetas y pipetas, al son de las monedas que les arrojan. ¡Vendidos! Le echamos tantita agua para eliminar grasas, futuro colesterol y, a fin de cuentas, para beneficiar la digestión depurando toxinas propias del producto animal en bruto. Los changos, que se dicen galenos, encontraron gérmenes, bacterias y bacilos en algo impecablemente desodorizado en contenedores que reciclamos como parte de una campaña ecológica. ¡Y cómo no iba a ser así! Bastó que acercaran su hocico a la leche para infectarla. ¡Véanles la cara! Esos cuates ni saben lo que es un microscopio.

Así que permítanme ser elocuente... Este líquido albo que aquí ven, prístino, recomendable para toda su familia, está tan libre de heces fecales que yo mismo, fíjense lo que digo para respaldar su calidad, que yo mismo, a fin de callar las malas lenguas que declaran haber encontrado “caca en el lácteo” —disculpen que cite el léxico de un supuesto científico que sea temeroso de que el pueblo no entendiera su jerga—... y lo repito, que yo mismo, soy el primero en brindar, mediante este acto, mi absoluta confianza a su estado sanitario. (*Toma el vaso y bebe sin reparos.*) En política me ha tocado tragar de todo, pero jamás algo tan delicioso.

## *El nono*

*Su ropa es, más bien, parca, pero los labios, de un rojo intenso. Tiene diecinueve primaveras.*

Hola, ¿qué tal? Me han pedido echar un rollo a propósito de las drogas y los estragos que dejan en la juventud. Debo aclarar que yo *nunca* me he metido nada, absolutamente *nada*... Bueno, tampoco soy virgen, ¿eh?... Desconozco los efectos de la mota, el hash, el monstruo blanco, la heroica o algún tipo de crack, póper o éxtasis, pero vi a mi novio ¡ponerse hasta la madre! Así que me puedo declarar una experta en el tema. De antemano se los digo: soy enemiga de la drogadicción. Me gustaría formar un comando de exterminio de narcos. Y no porque sea un agente de Provida. Simplemente yo no pienso meterme drogas nunca, *nunca*. ¿Por qué? La razón es muy sencilla: sexo y droga no combinan. En serio, lo digo por experiencia. Y si no lo creen, para muestra un botón...

Esta fábula moral o historia ejemplar empieza hace cuatro años y termina hace seis meses. Es la historia de una chava que nació con una fantasía sexual desbordante, una *teen-ager* de nuestro tiempo... precoz, desenvuelta, *darky*, es decir, mi historia. No la de una niña *Eres, Cosmo* o de las deportivas y actuales, sino la de una mujer capaz de todo o, por lo menos, de casi todo. Presten atención. Todo empezó a mis trece años cuando decidí que ya era tiempo de perder la vertical y dar el azotón. Empecé a buscar al elegido, pero los hombres no me tomaban en serio. Todavía ahora me pregunto por qué. Estaba plana y un poco esquelética, pero me sentía más que lista. Incluso había tomado lecciones de besos con mi prima Rosa María. Ay, qué impaciencia...

Me pasé un año entero echando los perros y yo seguía tan virgen y tan sola como siempre. Pero un día vi venir hacia mí a un cuate buena onda: dieciséis años, pacheco, largote y con unas manotas de Franki... El chavo era lento... “pero acaso seguro”, pensaba yo para mis adentros. Siempre andaba con su cachucha de los Raiders y su bicicleta de montaña haciendo “haracles”, sí, “haracles”, así le decía el muy idiota al extraordinario arte de parar la bicicleta sobre la rueda trasera. Este ilustre personaje era nada menos que el Nono. Así nomás, sin nombre de pila ni apellidos. Siempre lo conocí como el Nono... Caminábamos por el parque España, lo llevaba hasta lo oscurito, nos sentábamos horas en una banca... ¿Y qué hacía el Nono? Darse un toque y hablar de los Raiders. Pasaron dos, tres, cinco, siete meses y nada. No se me declaraba. Era una desgracia. Tenía más de quince años y no sabía lo que era un beso. Rosa María, por el contrario, ya tenía cuatro acostones en su haber y hasta me había enseñado revistas para aleccionarme. La situación era tan terrible que llegamos al extremo de fraguar un plan para que el Nono cayera. Fingí un dolor gravísimo en el pecho y hasta le mostré una chichi diciéndole que tal vez tenía cáncer, que me dolía mucho. Esa noche el Nono hasta me la tocó, pero cuando llegó al pezón me dijo: “Oye, tienes una bolita. Hay que ir al doctor”. ¡Ése era el Nono! Imagínense mi desesperación.



Cumplí dieciséis años, el Nono dieciocho. Ya era mayor de edad y no se me había declarado... ¿No le gusto? ¿Será maricón? Estas y otras preguntas me atormentaban. Así que decidí atacarlo sin freno. Consulté a mis amigas. Me informaron que los pachecos —sin agraviar a los presentes— son excesivamente lentos, así que me dediqué a la búsqueda de una droga que me lo dejara tan prendido como una licuadora. Compré dos botellitas de póper en la prepa y lo convencí de que se diera sus golpes. Mi intención no era, en lo más mínimo, inducirlo a la drogadicción. Únicamente quería levantarle el ánimo... y con póper y todo apenas logré que se me declarara y me besara por primera vez. ¿Pero de aquellito? Nada. Así que al mes siguiente probé con algo más fuerte: un pericazo... y ahí sí que reaccionó. Le pedí a mi prima Rosa María su Mustang y nos estacionamos en la parte más oscurita de la calle de Matehuala... el Nono le entró a la coca sin miedo y con fe. Prendí el radio del coche... Daniela Romo, luego Yuri y cuando llegamos a Luismi, el Nono me dio un fajecito un tanto tímido, pero poco a poco fui descubriendo que ya estaba preparado para la culminación, así que le dije desesperada: “Nono, métemela... Ándale, Nono... Métemela ya”. Yo veía sus ojos coloradotes y la quijada que le vibraba por el efecto combinado de droga y calentura. Pensé que había descubierto la droga exacta para el Nono, la droga que lo convertiría en el hombre con quien siempre soñé: un tigre de bengala revolcándose feroz. *(Maúlla.)* Pero cuál va siendo mi sorpresa que con todo y pericazo y que yo ya tenía el brasier enredado en el freno de mano, el Nono me va diciendo: “Soy muy joven para ser papá”. Qué pendejo. Yo tomaba pastillas desde los trece años por si las moscas y el Nono tenía miedo de un domingo siete. ¡Figúrense mi situación! Cumplí diecisiete histéricos, fríos, desérticos años. ¿Se imaginan cómo me sentía? Tres años con el Nono y nada. Para todo: “Mejor no, cuando nos casemos, ¿y si te embarazas?, no chava, nonononono... Nono.”

Decidí lanzar un ataque absolutamente feroz. Durante un año entero me entregué a la experimentación y gasté todo mi dinero en las drogas del Nono. Probó el éxtasis y en lugar de entrarle, se puso a girar como un trompo; Resistol 5000 y le dio por contarme de su infancia en Jojutla; crack y se quedó turulato dos días; alcohol con pastas y ahí sí, simplemente, no se le paró. ¡Qué desesperación! Un día hasta soñé que me moría encajada en la palanca de velocidades de un Volkswagen.

Pero Dios es providente y cuida a sus criaturas... un día mi mamá me disparó unas vacaciones a Veracruz. Sol, palmeras, una terraza y un jarochito con el pelo ensortijado... ¡Caí! ¡Perdí la vertical y miré las estrellas en Villa del Mar! Regresé de vacaciones e hice mi balance: tenía dieciocho abriles, quince sueños rondándome la cabeza, una raya pintada en el tigre de mi experiencia y un idiota, es decir, el Nono. ¿Cómo decirle que ya no le necesitaba, que me aburría ver sus “haracles” en el Parque España? No tuve valor. Me daban pena sus ojitos de cordero a medio morir. Tenía algo que no deseaba lastimar y que tal vez lastimé sin remedio. En fin, no pude decirle nada.

Cumplí diecinueve años. El jarochito venía a visitarme. Así que nunca más, se los juro por ésta, volví a darle drogas al Nono. Él siguió metiéndose de todo y haciendo “haracles” y soñando con que un día tendríamos nuestros hijitos... Su familia me acusó de haberlo inducido a la drogadicción. La presión fue muy fuerte. Así que mi mamá decidió que nos mudáramos. Acepté. Preparamos todo y un sábado, mientras el Nono practicaba sus “haracles” en el Parque del Reloj, hicimos la mudanza. Jamás lo volví a ver. *(Pausa.)* Éste es un caso de la vida real, aunque el Nono podría ser un personaje de *Nacidos para perder*. Y

no hay derecho, la vida es bonita. No desperdices tu juventud. Escoge: ¿sexo o droga? Si quieres entrar al selecto club de los ganadores, entiende esta moraleja: si te enamoras, no te drogues; y si te drogas, aprende a coger.

## *El vuelo de las garzas libres*

*A pesar de sus más de cincuenta años, el devoto mantiene una rozagante armonía de cuerpo y espíritu. Viste un ropón de seda blanca y sandalias. Coloca un tapete y se sienta en flor de loto.*

*Ishtar, hala, hala, yum... hare, hare. (Ofrece el saludo fraterno.) Dhaniavad... Amigos en el océano de la gracia, permítanme recitar el último mensaje que nuestro Gurú ha enviado vía e-mail. ¡Pero antes un hala yum para los ingenieros que diseñaron nuestra página en Internet! Ishtar, hare, hare. Que la tranquilidad esté con vosotros...*

“La verdad más íntima se revela únicamente al mirar a nuestros propios ojos”... Quince segundos de silencio. Tratemos que esas palabras arañen, por lo menos, la superficie de nuestro corazón... Poco a poco desmontemos el triángulo de energía... Eso es, queridos *harijans* del *Hara-Hara Mexican Chapter*, vuelvan del gozoso universo de la inconciencia. El conocimiento está lleno de paradojas, pero hay una verdad irrefutable: no somos más que una frágil gota de rocío que se equilibra entre la acción y la quietud...

Nuestro Gurú también me ha pedido bendecir, de manera especial, a los *harijans* que donaron el nuevo sistema de karaoke con pantalla digital. Desde ahora aparecerá subtitulada la letra de nuestros cánticos y uniremos la devoción al entendimiento. Recuerden el craso error de nuestro compañero Shangrilá, quien se atrevió a exclamar: “*Ay bo! parathas y lassi*” pensando que se trataba de un mantra. ¡Por fin gozaremos de *sorround system* para un mayor despliegue de la *chacra* nutricia! ¡*Hare, hare*, generosos donadores! Sí, sí, “uno que ha nacido morirá con certeza y uno que ha muerto nacerá de nuevo”. *Nishkam karma yoga*. Y a fin de entrar al camino de la resurrección permanente, nuestros brahmines han organizado un viaje a la India para recibir las bendiciones de nuestro guía espiritual. Aquellos que no acudan, tendrán que hacer triple *ceba* cotidiana. Sea esto tomado con humildad.

La duración de “El vuelo de las garzas libres”, así hemos llamado al viaje, será de diez días. Llegaremos un viernes por la tarde a Nueva Delhi y seremos recibidos por *harijans* locales en autos blindados. Ni un *sikh* radical podría impedir nuestra llegada al Taj-Mahal Sheraton Plaza Inn —cinco estrellas, obviamente—, donde nos recibirá el Ballet del Hara-Hara con un espectáculo poco apto para menores de edad, por lo que se recomienda viajar sin niños.

Al día siguiente atenderemos un magno concurso de canto en el sofisticado templo conocido como “El lago del néctar”. Dicho evento tiene carácter obligatorio. Su costo: 320 dólares incluidas la comida y la cena, vegetarianas por supuesto. El ganador recibirá una fotografía del Gurú con su firma original, además de su libro de poemas *La rosa rosa*.

Tras un par de días de purificación, enfilaremos hacia las montañas del norte, un viaje extenuante que dulcificaremos con cánticos, bromas y un curso de relajación *in situ*, esto es, después de ir sentados doce horas. Pero la expectación de ver la esencia de la India disipará el tedio. Así, con la alegría a flor de piel, llegaremos al templo del Gurú y, justo al amanecer,

el maestro nos estará esperando en la puerta, escasamente vestido a pesar del frío, para demostrarnos el tipo de autocontrol que debemos desarrollar. Y a pesar de la fatiga y el clima, nuestros ojos se llenarán de lágrimas pues la dicha de ver al purificado, la mantequilla de las mantequillas, el mantra, el fuego de la fe, nos impulsará a cantar y cantaremos y compartiremos con él un *Soya-steak* al *curry* y nos dará bendiciones, y después lo seguiremos por el bosque mientras discurre sobre la belleza de una flor, la perfección de un arroyuelo o mientras conversa con los pájaros gracias al poder de su mirada que nos dará un atisbo de lo que posiblemente sea el Nirvana, el eterno oleaje de la gracia. Y así pasarán las horas en quietud y contemplación. Ya en la noche del sexto día, descubriremos que el cansancio es una ilusión. Las últimas palabras del maestro nos darán fuerza para soportar la despedida y otro viaje de veinte horas. Habrá llanto sin duda. He visto a peregrinos llorar todo el camino, mas el desprendimiento debe ser visto como una lección de humildad.

En Bombay, después de dormir a pierna suelta, reconoceremos que la vida es devenir. Para entonces el Gurú habitará en nuestro corazón y ese triunfo nos dará derecho a un merecido relax. Sí, queridos *harijans*, los últimos días serán de auto motivación al gusto de cada cual. El SPA meditativo, con bares de convivencia internacional, karaokes mántricos y servicio de masaje, nos brindará la alegría que nuestro cuerpo necesita. Se recomienda, sin embargo, adentrarse con cautela en la zona de tolerancia, pues se han reportado atracos y violaciones. También tengan cuidado con brahamines que no porten su gafete. Hay charlatanes que prometen, en especial a las damas, purificaciones que terminan en un simple beneficio corporal para el brahamín.

“El vuelo de las garzas libres”, sin incluir el libro de poemas, el concurso de oración y las bebidas en el SPA meditativo es, únicamente, de 4,675 dólares. ¡Un *hala yum* y mucho *ishtar* para nuestra agencia de viajes! Muchos piensan que conocer la India es bañarse en el Ganges, pasear por los templos erótico-místicos, entrar al Taj-Mahal, ver vacas, miseria y lepra en las calles, comer *curry* hasta que la transpiración se altere o treparse a un elefante mientras los niños escuálidos gritan “¡Ay-bo! ¡Ay-bo!” y el turista se imagina personaje de Kipling. Otros hacen de la India una atracción arqueológica; otros se indignan ante el sistema de castas y, a fin de identificarse con el pueblo y nutrirse “de lo más auténtico”, comen *nans* y *tandoris* en las calles, mientras otros piensan que el viaje al país con forma de corazón sólo consiste en ponerse un turbante y retratarse con serpientes o buscar un tigre con antorchas en un safari turístico, tomar *lassi* con vodka a morir y contagiarse de SIDA o gonorrea en Calcuta, y decir “¡Oh!” con asombro. Hay India para todos. Allá cada cual con la suya. “El vuelo de las garzas libres” ofrece la India del espíritu. A veces hay que viajar muy lejos para encontrar la verdad e inclusive pagar sumas cuantiosas. Ustedes, por fortuna, tienen los medios para hacerlo. Sí, queridos *harijans*, nuestra India es la de los iluminados que poseen los anhelos de Gautama: “Que la edad no me afecte, que siempre tenga el brillo de la juventud, que la enfermedad no ataque a mi persona y que mi vida no tenga fin”. (*Une las manos a la altura de su pecho y dice:*) *Shukria*.

## *Lotería nacional*

*Una enfermera de sesenta años, enjuta y cansada, luce una pulsera de oro en una muñeca. Cubre el traje blanco, impecable, con un suéter cuyos colores vieron mejores años. Su cofia está rota.*

En Pachuca, la *Bella Airosa*, decimos que el viento sopla y se lleva lo inservible. Cuando caminaba por mi ciudad rabona, antes de que Hilario me contara la buena nueva, sentía que ya era hora de que el viento cargara conmigo para siempre. Mírenme: flaca, chupada, uno que otro diente podridillo y los ojos saltones, como los de un huachinango que mordiera el anzuelo en Tecolutla, le echaran hielo en Poza Rica, y llegara descongelado y apestoso al mercado de Lechuguillas. Ahí le ponen un letrero que dice: "Pescado fresco"... Ya parece... como este trajecito que me hace ver reluciente, pero en los ojos, los ojos no mienten, se ve que una ya está pasada, lista para el arrastre.

Antes de que Hilario saliera con la sorpresa, lo veía claramente: el viento soplaría y yo, por más que me aferrara hasta con las uñas a una pared o a los herrajes de un balcón, tras un par de giros, me alzaría por los aires chocando contra las paredes, dejando trozos de piel por aquí y por allá en mi camino hacia los cerros pelones, allá donde las minas de plata y cobre. Me veía con las patas descoyuntadas y la cabeza al revés, una muñeca de trapo que se sacude entre remolinos de aire hasta caer, por fin, al fondo de una mina. Allá, bien abajo, todo lo que yo soy acabaría por despedazarse... Eso pensaba hasta ayer, antes de que Hilario regresara con la noticia.

Y cómo no pensar en la muerte después de morder el polvo tantos años. No me apena decirlo: a mí me ha pasado un tren por encima. Penurias, hambre, trabajos forzados y, aparte de todo, un borracho: Hilario. Nunca tuve hijos, gracias a Hilario. Mantenido y chinche, pendenciero y arbitrario, ¿adivina quién es? Hilario. Yo de las cortinas viejas hice ropa, de la ropa vieja, trapos de cocina, y de los trapos, parches para cortinas, ¿y todo para quién? Para Hilario. Y tras aguantarlo tantos años, ¿quién se fue con otra? ¿Quién se enfermó de cáncer al chico rato? ¿A quién corrió la amante y regresó hecho una piltrafa? ¿Quién se salvó de milagro? ¿Adivinen quién? Hilario... Por eso y más, esperaba el empujón del viento... Mírenme: peso mosca, hilitos, la rabadilla medio trabada. Qué difícil cargar esta pulsera de tanto quilate.

Ayer Hilario se fue al centro. El viento estaba sopla y sopla. "Sobro", pensaba todo el tiempo y añoraba los aires que me echarían a volar. "Como que estoy flotando", pensé, y sentí que la muerte ya estaba cerca cuando unos toquidotes, cargados de impaciencia, me regresaron a este mundo... Era Hilario. "Fui al banco", me dijo. Y luciendo la mazorca desvencijada, con ventanas entre uno y otro diente, gritó: "¡Somos ricos!" y me extendía una bolsa de pan. "Éste ya se volvió loco", me dije, pero al abrir la bolsa pensando que había conseguido unas teleras y que con eso se sentía millonario, voy viendo fajos y fajos de billetes, y eran de verdad. No le hallaba ni pies ni cabeza al suceso. ¿Hilario asaltando un

banco? Si apenas podía tenerse en pie. “¡Me saqué la lotería! ¡La lotería nacional! Premio mayor...”

No entendía un carambas, así que Hilario me sentó en una silla y despepitó el cuento: se había sacado la lotería al año de casados, sí, pero desde entonces había depositado todo, todo el dinero en el banco. “¿Cómo es posible? ¿Ni un quinto gastaste?” “Bueno, vieja”, corrigió, “unos cuantos miles cuando anduve de loco pero dijimos que eso ya es pasado”. No podía creerlo. Tantas penurias juntos, ¿y desde siempre fuimos millonarios?

Ayer pasó al hospital y me trajo esta pulsera de oro. Qué impresión, hasta la mordí... La guardé bajo el refajo, no me la fueran a robar. También me dio unos boletos de camión para Acapulco. “Ora sí, a conocer el mar, a disfrutar nuestra vejez”. Nos miramos a los ojos y me atreví a preguntarle: “¿Cuándo pensabas sacar el dinero?” “Siempre me criticaste”, respondió, “sin conocer mi gran virtud: el ahorro”. Sentí escalofríos, como que el viento me calaba los huesos y quería echarme a volar...

Cuando nos apalabramos por primera vez, me prometió que algún día veríamos La Quebrada. Ese plan nos juntó hace unos cuarenta años. Mañana, por fin, estaremos en Acapulco. ¿Gracias a quién? A Hilario. Ojalá no me traguen las olas.

## *Un mundo raro*

*El buen hombre, en la peligrosa década de los cuarenta, se ve perplejo ante los intrincados caminos de las relaciones humanas.*

“Mis amigos no son mis amigos, son mi tesoro”. Ya ni sé de dónde saqué la frase pero condensa lo que yo pienso de la amistad. Ferdi es para mí, qué decirles, un portento de sabiduría, no en vano pertenece al alto mundo de la cultura. Mi amigo el Salchichón, ¡hombre!, todo un experto en materia gastronómica. El *delicatessen* no es lo suyo, pero sabe dónde conseguir el mejor taco, birria, tostada o tamal. “Eres un exquisito, un capulino”, le digo. ¿Y qué decir de Pepetoño? Arrebatado y pasional y, por tanto, ¡qué pulgas brincan en su petate!

A mí, cómo decirles, ver a mis amigos, aunque sea de lejos —como a Ferdi que ya sólo se deja ver en la tele—, refrenda mi infinita devoción por la amistad. Ante sus virtudes, yo no soy más que una pálida sombra. A veces pienso —cuando pienso, pues casi siempre sólo miro cómo pasan las cosas— que se acercan a mí por todo lo que yo no soy. Es curioso, a su lado acabo por parecerme a ellos. Algo así como un camaleón, sin juicio ni personalidad. Tal vez por eso me quieren. Siempre halaga mirarse en un espejo: si Salchichón dice de un bife correoso que está como mantequilla, yo le digo que “por supuesto”. Si Ferdi informa de la última novedad literaria en Zaire, yo le aplaudo entusiasmado porque es un erudito, aunque como persona me parezca un idiota. Y no es hipocresía, no, nunca les hago la coba, pero no sé, son mis amigos, no puedo contradecirlos. Quizás por eso me buscaban a diario en la prepa. Claro, el tiempo pasa y, bueno, ahora sólo nos vemos cada año bisiesto, pero uno es amigo en tiempos difíciles y ellos, por lo menos, me buscan en esos momentos... Por ejemplo, Tentenelaire, la perla entre mis perlas. Cada vez que pierde el empleo, corre a verme y se lo agradezco pues no me busca por mi posición —soy corrector de la revista del Club de Cazadores—, sino por pura y franca amistad.

Tentenelaire llama desde mi oficina. Dice cosas por el estilo de: “Oye, Pepetoño, me vino a ver el Sacristán y quiere que nos reunamos”. Pepetoño pone pretextos, refunfuña, todo lo adivino por las caras de Tentenelaire que, conocedor de la naturaleza humana —no en vano es abogado—, saca el as para convencer al Casanova: “Írá con su mujer, ¿qué tal, eh?” “El Sacristán” soy yo y no es un secreto que a Pepetoño siempre le ha gustado mi mujer, y ya que estamos en ésas, nunca he entendido por qué Tentenelaire dice, cuando les llama, que yo lo fui a ver cuando pasa precisamente lo contrario. En fin... También dice cosas como: “Quihubo, Ferdi, fíjate que el Sacristán me vino a leer unos cuentecitos y le dije que tal vez tú podrías darle algún consejo”. Ferdi, que no pierde ocasión para afirmarse a costa del prójimo, la toma al vuelo. A Salchichón es más fácil convencerlo: “No sabes”, le dice, “acabo de descubrir una fonda, magíster”. Y ya entre nos, no saben qué gusto me da que Tentenelaire pierda su empleo cada sexenio. Algo así siempre dará lugar a un encuentro, como el que tuvimos la semana pasada, de viejos amigos del alma.



Tentenelaire nos citó a las dos. Pasó por mí y, justo en la entrada del restaurante, me bajó del coche y dijo: “Voy al cajero, adelántate”. Por supuesto, fui el único puntual. Supongo que así es ahora porque todos son gente importante. Tuve la impresión de que Tentenelaire se asomó en algún momento y, al ver que en la mesa sólo estaba yo, calculó reaparecer hasta que Ferdi, desplegando elocuencia, ya me citaba libros inventados, apellidos de autores que ni existen pero que le inspiraban a jugar y a divertirse a mi costa, un mecanismo idiota que a Ferdi le permite sentirse un poquito mejor en el mundo. En fin...

La llegada de Salchichón y Pepetoño permitió que del ámbito literario pasáramos a la degustación. Salchichón había elegido un restaurante carísimo: *nouvelle cuisine mexicaine*. Me sorprendió la transformación de su gusto. Al ver los precios en la carta, pensé que por fortuna había empeñado mi reloj previendo que el muy sibarita escogería lo mejor de lo mejor. Desplegando sabiduría culinaria, Salchichón hablaba de comidas opíparas, festines plenos de materias adiposas y lípidos flotantes, pero nos había traído a un lugar aséptico, con las viandas más precarias que he visto en mi vida, a tal punto que el botijas de mi amigo se vio obligado a pedir triple plato fuerte. Nunca confesó, por supuesto, que tenía hambre, simplemente hacía alarde de un afán de exploración gastronómica aprovechando que Pepetoño, sin soltar el micrófono, nos divertía con la monserga de siempre: rabos por aquí, colas por allá y se ponía rojo con el retrato hablado de una más de las damas que le brindaban sus favores. Y a cada rato la pregunta candente: “¿Y cómo está tu mujer, Sacristán?” “Bien, Pepe, gracias”. “¿La atiendes bien?” Y todos se reían de que yo ponía cara de idiota, como si no entendiera —y todo para darles más motivo de contento—. Y corrieron alcoholes y nostalgias y la antología de los mejores momentos del baboso del Sacristán en los remotos años de la prepa y, de pronto, en el punto más emotivo, en la curva de mayor tensión, Tentenelaire, a medios chiles, se echó a llorar y confesó, como otras veces, que se abría el abismo a sus pies pues no tenía empleo, su mujer acababa de parir gemelos y en fin “¿para qué están los amigos?” “No te apures, hombre, mañana te presento al director general”. “Da por hecho la cita con un amigo del subsecretario que es primo del ministro” y, poco a poco, Tentenelaire recuperaba su buen talante y hacía alguna broma a costa del patíño del grupo, “el querido y amado Sacristán”, como me dijo Ferdi tras pedirme que olvidara para siempre la literatura. En fin... Aguanté vara porque Ferdi hizo algo inesperado que, en principio, me pareció un acto de amistad: pagó mi parte de la cuenta. Descubrí, sin embargo, un gesto en su cara, qué gesto, Dios mío, no soy muy hábil para leer las expresiones humanas, pero en sus ojos se asomó el desprecio.

Nos despedimos en la puerta del restaurante. Eran las cinco cuarenta. Uno a uno abordaron sus carros último modelo. Tentenelaire ni se despidió de mí... Agarré camino pensando, en fin, sintiendo, mejor dicho, la extraña materia de la que está hecho el tiempo. Me imaginé con ellos dentro de seis años y ¿dentro de doce? “Qué desolación” y en esas estaba cuando pasé junto a un puesto de tacos y vi un espectáculo enternecedor: Salchichón llenaba sus hambrientas fauces. Me acerqué, pero él, como si yo no estuviera a cuatro pasos de su botijona figura, me dio la espalda.

En el camino jugué a cambiar el sentido de mi frase de cajón... “Mis amigos son mis amigos, no mi tesoro...” “Mis amigos no son mis amigos ni mi tesoro...” Y así, combinando posibilidades, llegué a mi casa, pero antes de entrar, sepulté con un portazo mi raro mundo de



## ***La cochambre***

*Esta mujer escuálida usa delantal de mascotita rosa sobre un triste vestido de poliéster, medias de futbolista —de color distinto cada una— y sandalias de plástico. Se aferra a una bolsa vacía de mandado como si fuera su único sostén en la vida.*

¿Yo? ¿Yo qué? Yo me arrastro... Así, así, me arrastro lambiendo la cochambre del piso porque yo, la verdad, nací para maceta... Así, así, no me da pena confesarlo, así, agachando la cabeza como perro apaleado, con sarna y con la cola pelona entre las patas. Yo soy de las arrastradas que aman demasiado.

¿Yo qué? Yo me arrastro. Mi Jaime era borrachillo, pero lindo como pocos. Casi diario llegaba en la madrugada apestando a trago y un poco, también, por qué no decirlo... a eso que huele cuando una se pone... bueno, cuando los señores la sientan a una, cómo decirlo, pus en la cosa... O sea que me engañaba con cualquiera. Yo lo sabía, pero la mera verdad mi Jaime era rete lindo.

A ratos me pegaba: tres o cuatro cruzados, un *upercot* —como él decía con eso de que le sabe a la *boxiada*— y sáquese con todo y lloradero de chiquillos. Se le llegó a pasar la mano, pero pus, lo que sea de cada quien, yo le daba motivos: que no le planchaba la camisa, que el arroz se me quebraba, que no había hielo para la cuba, que lo miraba de a tiro feo, que los niños tenían la cara chamagosa. Para todo un fregadazo... “¡Ándeale, arrastrada! ¡Bese el piso!” ¿Y yo qué? Yo, lambiendo hasta la suela porque yo me arrastro... ¡Ay, ese hombre! Nunca traía dinero entre semana, pero eso sí... qué pachangones los domingos, qué espléndido mi Jaimito comprando helados a los chiquillos en Chapultepec. ¡Qué domingos! Yo llevaba tortas de sardina. Jugábamos a la pelota y luego a remar y remar mientras él oía La Sabrosita 590 y los niños desmoronaban teleras para los patos. A Jaime le entusiasmaba que yo remara: “Pa’que se te pongan los brazos de luchador”. Ah qué mi Jaimito... Luego íbamos al zoológico y me cubría de arrumacos y hacía bromas y se carcajeaba frente a la jaula de los changos: “Ahí’stá tu ’spejo, vieja”. ¡Siempre tan ocurrente! Y qué decir de sus besos en la oscuridad... Me acuerdo y de veras que jui feliz.

*(Empieza a sollozar.)* Pero todo cambió un día, como todo en este valle de lágrimas... Traemos la desgracia en las pestañas y la mala suerte hace de las suyas en un chico ratito. Pienso en esa tarde y las palabras se me atragantan en el buche y se me atascan lágrimas en los ojos. El destino corta de un hachazo la dicha más fundada. ¡Ay, qué mudanza! ¡Todo cambió el día en que a mi marido se lo raptó un hombre! ¡Sí, un infeliz degenerado! ¡Ay, Jaime de mi ilusión, chato lindo! Sí, señores, como lo oyen, se lo llevaron por la juerza, a punta de pistola, amarrado, encostalado, como novia de pueblo... Se lo dije varias veces: “Cuídese, que ya roban parejo”. Y él nomás se reía mostrando sus dientes de plata, bien lucidores.

Las malas lenguas, alevosas como siempre, andan parlamentando que a mi Jaime le hacía agua la canoa y le gustaba el arroz con popote. ¡Reborujan sus palabrotas en el hocico y ya

ni hallan dónde ponerlas! Habladores, bocasflojas, dobles de hocico, de lengua y de intención, buchesprontos, mentesrápidas, levantafalsos, infames y urdidores. Pero si yo lo escuché todo por teléfono... ¡Como novia de pueblo! ¡Así nomás se lo llevaron y me dijo que lo tenían encadenado! Me contó que abusaban de él cada noche... ¡Pobre! Y que necesitaba dinero para el rescate. Yo rompí el cochinito, empeñé hasta la tele y le mandé todo, todo porque él vale eso y mucho más, tanto que el marica que se lo llevó nomás no lo suelta.

Y aquí les tengo unas jotostáticas que me hicieron favor de pegar en el metro. Véanle la cara. Me hizo cuatro escuincles y regó varios más por aquí y por allá. Para eso él se las gasta solo. ¡Es un varón hecho y derecho! Miren esa cara de aguamielero retador. ¿Y la nariz, qué? Bien boluda, bien acá. Y los ojitos apapujados ya de tanto chupe. ¡Ay, mi chato querido, cómo te jue a raptar ese infeliz! (*Reparte el retrato.*) Hoy por mí, mañana por ustedes, patronos. Que cada quien saque diez jotostáticas y mándenlas como las décimas de San Judas o, por lo menos, repartan la joto entre sus allegados. Alguien dará con el paradero de mi señor... Al pie viene un mensaje de mi propio puño y letra que dice: "si en algún lugar de la República te encuentras, Jaimito, piensa que te sigo esperando, que cuando puedas escaparte de las garras del señor ése, aquí tendrás a tu mujer de siempre, la que te quiere, la que te espera. Yo soy nadie si ando sola..." Y si ustedes me preguntan ¿y yo qué? Yo adoro a Jaime, yo me arrastro, yo soy cochambre, yo primero la muerte que el divorcio, yo no quiero a ningún otro... Para hombres uno: mi Jaime.

## *Día de la raza*

*Nos encara un joven residente de Tlatelolco. Viste un traje claro de terlenka al mejor estilo de John Travolta en Saturday Night Fever. Su piel está ligeramente maquillada para ocultar su "oscurantismo".*

La raza está jodida. Me da tristeza decirlo pero así es. No te ofendas, cuate, pero nuestra raza salió medio inválida, *yes!* Yo no fui a la Universidad, ¡aunque estudio computación en el Instituto Patrulla, *okay?* Pero los más letrados lo afirman. Hasta el mismísimo Octavio Paz propone aquello de verse en el propio espejo, la verdad ante todo y sí, la raza está... culera, disculpen pero ésa es la palabra, bien culeramentenferma. ¿Y saben qué es lo peor? Cada día la raza se mira en el espejo y no mueve un dedo para cambiar su condición...

Oye, ¿qué pasa? Sí, tú, también tú. Digo, hagan algo. Si el cerebro ya está de por sí apaleado, por lo menos cuiden el aspecto. La vida requiere de cierto *charme*. No puede uno lucirse impunemente. Digo, yo nomás digo, ya que cada cual lo consulte con su espejo. Aunque eso sí, no le pregunten a su madre cuervo. Ellas ven pelos de soldado y caras de guater y encuentran parecidos con Blondie o Kevin Costner. No, *my friends*, afrontemos la verdad: ¡Hay que mejorar la raza! Este país necesita un Instituto Nacional de Mejoramiento de la Raza que opere, ante todo, en términos espirituales. Los acomplejados y minusválidos del alma se harían la vasectomía por orden constitucional. Nada de seguir propagando miserias. El inmejor tendría su banco de espermas de pura gente bonita, segura, optimista, y a todas las deformes... ¡truk! ¡Otro país! ¡Con otra alimentación y otro color! Una especie de Gabacho pero con sabor latino. ¡Otro México!

Aunque, no por nada, *my friends*... no soy racista, pero qué lejos estamos de eso... Ayer fui al Zócalo en metro. ¡Estoy a punto de comprar un carrito, *okay?! Y por lo menos, cuatro días de la semana me muevo en taxi... Bueno, me tuve que subir al metro, ¿y saben qué? Ni dónde poner los ojos. Había una ñora... Oye, ¿qué pasa?! Pliegue sobre pliegue, una inmensa tonina prieta, jaspeada como calzón después de una semana sin cambiar. La nariz como un nabo recién salido de la tierra; sin cuello ni porte, sin gracia ni garbo. Apenas para portada de revista de Antropología. Y ni hablar de su ropa o del apeste, *my friends*. Yo haría una campaña masiva en el metro: ¡un desodorante extra-fuerte en la compra de su boleto! Pasaría a la historia. Pero no. Ahí iba la Coatlicue, ¿verdad?, plantadota. ¿Y qué decir de sus ojos? Sin expresión, las ventanas de un alma de cántaro. ¿Cómo explicarse algo así? Qué caso más rotundo de falta de autoestima, ¿no creen?*

Yo, por ejemplo, entro a trabajar a las ocho pero a las cuatro ya estoy de pie. Hago dos horas de aeróbics con ayuda de un video. Me aplico mascarillas de papa y zanahoria; cáscara de pepino para el acné, jocoque para matar el color, lijas y aceite alcanforado para los callitos inevitables que deja el trajín cotidiano. Duermo con una media elástica para domar los pelos de púas; me doy tres manos con tres jabones: el del Tío Nacho para evitar hongos, el Zest para sentirme limpio y el Jardines de California porque huele a rosas. Trato,

a pesar de mi presupuesto —que va en aumento, *okey?*—, de cuidar mis trapos. Uso zapatos con plataforma por aquello de la estatura y campana baja para que no se note. Me pulo. Soy un individuo consciente de sus limitaciones, aunque considero falso aquello de que “árbol torcido, nunca su rama endereza”. Como que yo ya la libré, ¿no creen? No, no me digan nada. Ustedes deben pensar que hay imposibles y sí, pero eso ya no es culpa mía. Lo que es del gen es del gen y eso ya ni qué...

Yo me miro en el espejo y, allá adentro, algo oscuro lo empaña... Carajo, ¿qué hacer contra quinientos años de historia? Yo lo llamo —y conste que no soy racista—: “la carga del gen”... ¿Saben cuál es el verdadero problema de nuestra raza malparada? La mezcla. ¡Sí, *my friends*, la cruza entre españoles y aztecas! Cada uno por su lado la libra: échense un ojo al *Hola* y díganme si no las condesas están bien regias; luego échense un vistazo a los calendarios con el aztecota fortachón que desafía el frío de los volcanes. ¿Y a su lado quién está? Nada menos que una princesa bien formada, pelo negro azabache, cara coqueta y pechitos en flor. Así cualquiera tolera el invierno. ¡Oye, ¿qué pasó con esa mezcla?! En el laboratorio del gen hubo algo que no dejó bien parada la emulsión. Qué falta de cariño le puso la Providencia al asunto. Digo, hay otras mezclas a todo dar: la brasileña, por ejemplo. Un bosanova en Ipanema e, ira, todos bien acá, seguros, una raza que te mira a los ojos sin miedo. Por eso la hacen en el fut. Nunca sienten aquello de la soledad del portero frente al penalti y, mucho menos, se achican en un estadio repleto cuando se decide un partido a muerte súbita. *Os reis du mundu*. Allá el gen amarró. Acá, por el contrario, somos escurridizos, ambiguos, laterales, zorros, indirectos, subrepticios, chuecos, ladinos, esquivos y, para colmo, feos.

Por ejemplo, tú y yo. Pareciera que a nuestro gen lo hubieran licuado, pero en un molcajete, a punta de fregadazos con el tejolote para luego arrojarlo al mundo sin nada. Un gen con la fuerza de un charal. Sin raíz ni torta bajo el brazo. En mi caso, antes he subido. De Peralvillo a Tlatelolco. No, no sabes lo que es eso. Un salto olímpico. ¡Al quinceavo piso! ¡Eso es un salto de altura!

Mirarse de veras es insoportable. Yo descubrí “la carga del gen” cuando iba en la secundaria. Puerto Ángel: olas bien acá. Como no tenía traje de baño, me puse unas mallas de *my sister*. ¡Qué inconsciencia la mía! Y ahí estaba: haciendo castillos de arena y dale a correr y que le salpico a una rubia con una carita que ni la güera de la Superior. Pensé que era de Gabacho porque, imagínense, ¡no traía brasier! Mis doce años se paralizaron en un abrir y un cerrar de ojos. Pero el repentino flechazo se rompió cuando me di cuenta que la diosa era chilanga: “Vete a jugar a otro lado, indiomuertodehambre”. ¿Racismo aquí? ¿A quién le habla, *a mí?* Pausa dramática. Descubrimiento atroz: no había nadie más alrededor. Volví a mirarle las chichis con pudor y vergüenza, pero ella me remató sin piedad: “¡Sáquese, prietofeo!” Caminé hacia la orilla del mar. Sentí ganas de ahogarme. El agua estaba cristalina y me miré, quizás por primera vez. Ahí estaba “la carga del gen...” (*De pronto:*) ¡Qué inmejor ni qué nada! ¡Aquí se necesita un horno crematorio! ¡Leña! ¡A la hoguera las mentes inferiores! ¡Fuego a los complejos! ¡Hay que mejorar la raza!

# *Las bacantes*

a Capita y a Peri

*Una mujer embarazada muestra su enorme panza.*

No voy a decir la tontera de que todo es color de rosa, aunque me siento redonda como el mundo e imagino una y otra vez cómo será mi bebé. Cualquier niño me provoca ataques de llanto. Esos “aaay, qué bonito”, son los preparativos de la naturaleza, la invasión de una sustancia llamada *relaxina* y sí, yo floto...

Ahora bien, vivo en la Ciudad de México. “El destino”, diría mi marido... Setecientos casos diarios, doscientas cincuenta mil denuncias al año sin considerar a los que callan por temor a la justicia. Imposible tomar taxis, caminar de noche, usar joyas, hablar por celular en la vía pública, manejar sin la ventana cerrada, ostentar que comes tres veces al día... Y, para colmo, en cada patrulla hay dos ladrones más. Da miedo, ¿no? Qué digo miedo, da terror. Sólo gracias a la *relaxina* me he librado de un paro cardíaco.

El lunes, por ejemplo, iba al ginecólogo con la *relaxina* y la música de Lucio Dalla a todo volumen. Mi bebido me pateaba feliz. De pronto, en una calle se detuvo el tránsito. Yo venía atrás de un camión escolar. Esperé un minuto entretenida pues varios escuincles empezaron a lanzarme besos poniendo caritas obscenas. “¿Verdad que tú no vas a ser así, bebé?”, le dije a mi chiquito todavía con calma a pesar de que la *relaxina* empezaba a bajar de nivel.

Un claxonazo violento, qué digo, un rebuzno de burro —ya ven que los hay con todo tipo de ruidos— resonó a mi espalda provocándome un vuelco en el estómago. Miré por el retrovisor y vi a una fulana regordeta con un sombrero texano que venía en un camionetón de llanta alta. La *relaxina* me traicionó. “Mil veces pendeja”, pensé mientras tomaba mi suéter para cubrirme la panza. El rebuzno se convirtió en el mugido de un buey, como si la vacota pretendiera insinuar algo a los de adelante. Me salí de mis casillas y bajé el vidrio de mi Atlantic: “¡Ya cállate, cerda!”, grité. “Locura griega”, diría mi esposo cuando le conté mi reacción, pero por desgracia, la vaca texana no oyó nada porque en ese instante se lanzaron todos los autos a pitar al unísono... El claxon de la gorda era el más aparatoso; usó variantes que iban de un grito como de arpía a un rugido de león, pasando por algo parecido al llamado de un cocodrilo que busca pareja en un pantano... Subí la ventana y me enconché cubriendo al bebé con mis brazos, pero sus patadas me oprimieron la vejiga y ¡carajo!, de pronto sentí unas ganas brutales de mear y esta ciudad de mierda se congestionaba por culpa de un camión repleto de mocosos. Mi claxon se unió al concierto con una ira terrible, de la nada otro ser estaba dentro de mí con una fuerza ancestral. “Las furias...”, dijo mi marido cuando le conté el suceso.

Bajó el chofer del camión escolar pidiéndonos calma. Vi el reloj. Estaba a punto de perder mi cita. El tipo se acercó a mi ventana. “Viejo cínico”, pensé y bajé el vidrio dispuesta a



insultarlo, pero me explicó que una camioneta de Telmex estaba obstruyendo el camino. Dejé el Atlantic hecha una pantera; la vaca del sombrero texano también se bajó y, tras ella, más gente. La frase “una camioneta de Telmex” corrió de boca en boca presagiando la desgracia...

Los señores apagaron sus autos y encendieron cigarrillos mientras las señoras nos quejábamos de Telmex y sus altos costos de tarifa. Yo ya no podía más; mi chiquillo me estaba aplastando la vejiga. Me adelanté a ver la maldita camioneta. En su carrocería estaba el retrato enorme de una modelo esquelética, una que canta en la tele y se mueve como si se calentureteara con un teléfono. Me dio más coraje pues me entró cierta nostalgia de mis antiguas formas. ¡Perra anoréxica! Vi la hora: ya había perdido mi consulta. Así que no me pude contener. “Endiosada” —diría riéndose mi marido—, rayé con una llave la lamina de la camioneta. El chofer del camión escolar me miró con espanto, pero la vacota, rodeada de otras señoras, le preguntó: “¿No tiene un desarmador? Podríamos abrirla y empujarla”. El chofer se subió al camión —que ya parecía un manicomio donde la prefecta berreaba a diestra y siniestra tratando de controlar a los colegiales— y regresó con una caja de herramientas. La vaca, como una sacerdotisa, le ordenó que forzara la chapa de la camioneta de Telmex con el desarmador. Yo ya no pude más: me hice pipí. Empecé a llorar y las señoras me consolaron: “No se preocupe, todas hemos pasado por eso”. Y como la chapa no cedía, le di otro severo rayón al retrato estampado en la carrocería. Esta vez en plena jeta bulímica de la modelo. Mi acción desató a las señoras. Sus maridos intentaron, aclaro, sólo intentaron detenerlas, pero ellas agarraron las herramientas de la caja y, siguiendo el ejemplo de la más débil, la pobre señora embarazada, se dispusieron a rayar y golpear toda la camioneta. Los peatones nos miraron hacer con asombro. Los niños del camión escolar dejaron su guerrita y, varios de ellos, los más grandes y feroces, se bajaron pues la vaca los conminó a ayudarnos. De ahí en adelante todo fue una pesadilla, el terror de la venganza: niños y mujeres poseídos por la furia más primitiva de las furias. Ponchamos llantas, destrozamos la carrocería, los faros y las calaveras, le dimos varios cristalazos, abrimos una puerta, hicimos añicos la cabina, saqueamos teléfonos y obligamos al chofer del camión y a los maridos a que empujaran el vehículo hasta estrellarlo contra un poste y dejar libre el paso. Entonces apareció el empleado de Telmex. Era el terror en persona. La vaca lo prendió del cabello y, antes de que pudiera zafarse, logramos golpearlo con las herramientas. El tipo, con la cara ensangrentada, hecho un santo Cristo, logró huir despavorido antes de que nos lo comiéramos vivo y lo decapitáramos delante de los niños. Me quedé con ganas de clavar su cabeza en una antena de radio.

Una vez libre el paso, nos volvió el alma al cuerpo. Corrí al Atlantic cuando me di cuenta de que los colegiales se empezaban a reír de mis pantalones meados. ¡Y vámonos! La vaca texana agilizó el tráfico a punta de claxonazos y, a eso de las seis, yo ya estaba de regreso en casa, con un humor del carambas, orinada y con el chiquillo pateándome la panza a más no poder.

Aquí como que nadie piensa, ¿verdad? A la menor provocación, nos endiosamos. (*Mirando su panza con preocupación.*) Ay, bebé, lo que te espera. México es un país muy triste.

# CONTENIDO

[ADVERTENCIA](#)

[El amor](#)

[This fucking country](#)

[No matarás](#)

[Bajo el volcano](#)

[El tiempo](#)

[Satánico destino](#)

[Tiburones y coral](#)

[Sopa Campbell's](#)

[Chiapas forever](#)

[De qué te ríes](#)

[Dulce María](#)

[Ser padre](#)

[Carne de diván](#)

[Ojo por ojo](#)

[El África](#)

[Leche Pili](#)

[El nono](#)

[El vuelo de las garzas libres](#)

[Lotería nacional](#)

[Un mundo raro](#)

[La cochambre](#)

[Día de la raza](#)

[Las bacantes](#)